

© **Luiz Ruffato**
Mayo 2019

Traducción: **Paula Abramo, Ezequiel Zaidenwerger y Pablo Cardellino.**
Cuidado de la edición: **Alicia Rodríguez.**
Diseño de interiores y portada: **Daniela Campero.**

Lo que nos une

Luiz Ruffato

Traducción de **Paula Abramo**
con la colaboración de **Ezequiel Zaidenweg**
y **Pablo Cardellino**

NOTA SOBRE ESTA TRADUCCIÓN

La presente traducción deja ver, intencionalmente, tres variantes de nuestra lengua continental y riquísima. El lector no debe sorprenderse si ve el nombre de una misma ciudad escrito de tres maneras distintas (São Paulo, San Paulo y San Pablo), si la palabra fútbol a veces es grave, si los personajes a veces viajan en autobús, a veces en ómnibus y a veces en bañadera.

Agradezco enormemente la colaboración de mis colegas **Pablo Cardellino** y **Ezequiel Zaidenweg**, que revisaron y recrearon los pasajes puestos, respectivamente, en boca de personajes uruguayos y argentinos, para que pudieran “oírse” en este libro diversos acentos del español que se habla en nuestra América.

Paula Abramo

Ciudad de México, abril de 2019.

AGUA ESTANCADA

No fue una decisión vivir en Ilhéus. En mi vida, las cosas pasan, nada más. Cuando me di cuenta, ya estaba anclado a esta ciudad, esperando en vano que algo o alguien me encauzara hacia otros parajes. Hoy, pasados treinta y un años, siento las piernas enterradas en la arena y ningún impulso para sacarlas. Estoy acostumbrado al ritmo lento de las olas: me despierto, me pongo unas bermudas y una playera blanca sin mangas, meto la cabeza en la gorra y los pies en los huaraches, masco un pan pellejudo con margarina y me trago un café con leche en el bar de Afonsinho, saludo a uno que otro rumbo a la playa de Marciano, donde mis días aletean, inútiles. Tengo cincuenta y ocho años, pero me calculan más: el pelo blanco, ralo y largo, la piel arrugada, la joroba, los dientes echados a perder, la vista corta, los dedos de las manos desgajados por la artrosis. Es que no conocen la soledad que agujijonea mis noches, los remordimientos que alimentan mi insomnio. Antes de jubilarme por invalidez, el trabajo ahuyentaba mis recuerdos: una pinza convertía el alambre en anillos, aretes, collares, pulseras, cosas que hasta los extranjeros codician. Ahora, las madrugadas son tertulias de

los tiempos pasados. El olor a pachuli anuncia a Vânia, la que conocí en Arembepe, pelo suelto, vestido indio, la seguridad que tuvimos cuando no teníamos nada... Dora era transe en templos de umbanda, en Salvador... Rosana, baños desnudos en las cascadas de Lençóis... Jane, libros, teatro, cine... Marcela quería hijos... Vicky, diversión... Narinha, seguridad... Todas ellas y otras, ¡tantas otras! Nombres de los que ya ni me acuerdo, los abandoné, acobardado; rostros que vuelven a aparecer, vengativos, para contemplar con desprecio mi cuerpo en ruinas. Resignado, espero paciente a la indeseada, a la que me va a llevar al final, sin que a nadie se le ocurra pensar, por un instante, que existí algún día... Y sí, existí...

Hay en mi infancia una mujer, callada y triste, que lava la ropa curvada sobre un lavadero de cemento, en una casa verde clavada en una callecita de terracería de un barrio pobre de Bauru. En la copa de un enorme aguacate que le da sombra al patio, trato de esconderme de mi padre, que se pasa toda la semana fuera, no sé bien haciendo qué. Recuerdo que los viernes en la noche llegaba y escuchaba los reclamos de mi madre por el comportamiento de sus hijos. Unos demonios que me van a volver loca. El sábado en la mañana, mi padre agarraba la tira de cuero que tenía colgada atrás de la puerta de la cocina y, burocráticamente, uno por uno, nos ponía una tunda para castigarnos por las travesuras, reales o inventadas, que habíamos hecho en su ausencia. Mis hermanos, como sabían que de todas formas iban a golpearlos,

hubieran o no violado las reglas de la casa, se asumían vagos y revoltosos, y presumían con orgullo los verdugones amoratados. A mí, en cambio, me indignaba cada vez más aquella injusticia. Hasta que, a los dieciséis años, como ya no soportaba las palizas, me fugué a São Paulo en tren, en un largo viaje sin retorno. No volví a tener noticias de ellos.

Durante los primeros tiempos, soledad e incertidumbre. Caminé sin rumbo, dormí a la intemperie, conocí gente de todo tipo, pensé en volver, pensé en robar, pero algo me empujaba hacia adelante, la vergüenza, tal vez. Me hablaron de un bar en el distrito de Ipiranga, casi frontera con São Bernardo, y trabajé allí seis, siete meses, sirviendo cerveza, *cachaça* y cócteles a obreros, desempleados, prostitutas y marginales, y explotado por el dueño, don Ramón, un viejo al que se le enredaba la lengua y que parecía disfrutar la mugre del lugar, la barra sebosa, el suelo inmundo, la peste que lo impregnaba todo: la esponja que lavaba los vasos, el fregadero donde se escurrían, las botanas, el terciopelo verde de la mesa de billar, la ropa de los clientes, mi piel, la banqueta de enfrente, el aire a nuestro alrededor, todo, todo, todo... Una vez, un cliente dijo que la Ford estaba contratando mensajeros y sin dudarlo corrí a presentarme. Iba de un lado a otro, todo desgarbado dentro del traje, acarreando documentos y decisiones. Mi jefe, un gringo que se llamaba *mister* Harrison, me adoptó y, además de animarme a retomar mis estudios, intentó convertirme a la iglesia presbiteriana. Llegué a cursar el bachillerato

para adultos y a participar en los cultos dominicales, pero entonces me acerqué a Marcelo, el brazo derecho del director de producción, un año más grande que yo, que escuchaba a los Beatles y fumaba mariguana. Se unió a nosotros Rivaldo, que tenía la misma edad que Marcelo; lo conocimos por casualidad, un fin de semana, en el Vale do Anhangabaú, con la guitarra en bandolera.

Poco más de un año después, creo que era junio o julio de 1974, decidimos dejarlo todo y emprender un viaje. Oíamos hablar de *hippies* y comunidades alternativas, y queríamos probar la libertad de no tener patrón, horarios ni compromisos. Un lunes gélido llegué a la empresa y pedí que hiciéramos cuentas, sin dar mayores explicaciones, para desilusión de *mister* Harrison y alegría de doña Socorro, su secretaria, a la que nunca le había caído bien y que, como quería que su sobrino ocupara mi lugar, vio confirmada su sospecha de que, en el fondo, en el fondo, yo no era más que “un lobo con piel de cordero”. Para Rivaldo la decisión fue aún más fácil, no sólo porque no tenía trabajo fijo —vivía de chambitas— sino porque así iba a librarse de los pleitos con su hermano el metalúrgico, con el que vivía de arrimado en São Bernardo, en una casa minúscula, durmiendo en la sala, en un catre. Marcelo, en cambio, le causó un gran disgusto a su familia. Vivían en el barrio Saúde; su padre era dueño de una tienda de abarrotes, su hermana estudiaba letras en la Universidad de São Paulo, su hermano mayor era

socio en un bufete de abogados, y todos vislumbraban un futuro sólido para el hijo menor de la familia, lo imaginaban ya cursando la carrera de Ingeniería o la de Derecho, un destino que capaz que hasta cumplió después... después de todo lo que pasó...

Cuando era niño no me daba sueño, sitiado como estaba por los monstruos que se escondían en la oscuridad. Luego me costaba trabajo quedarme dormido porque me daba miedo no despertar al día siguiente. Daba vueltas en la cama, con el peso del cielo, de las estrellas, del infinito aplastándome el pecho, me daba miedo morirme, quería morirme, ¿qué sentido, la vida? Nunca fueron las noches un sinónimo de calma, de comodidad, de descanso. El insomnio engatusa al tiempo, insufla las dudas, las culpas, la sensación de fracaso, deja al descubierto, sin compasión, mi intolerancia, mi insensibilidad, mi egoísmo. Si visito el pasado, son otros los que desenredan los nudos de mi vida: el hombre que soy ahora no reconoce al niño flaco y melancólico que recorre solitario los descampados de Bauru, ni al adolescente tímido que checa tarjeta en la Ford, ni al muchacho confundido, que, mochila al hombro, dejó São Paulo atrás para siempre, ni a los varios hombres en los que me revelé, desilusión tras desilusión, extinguiéndome para resurgir cada vez más duro, más amargo, más infeliz.

Es mojado y frío el recuerdo de la mañana en que un autobús urbano nos dejó a los tres en una gasolinera, a la salida de São Paulo. Nuestra meta se lla-

maba Bitupitá, un pueblo de pescadores en el estado del Ceará, de donde Rivaldo se había marchado para reunirse con su hermano, arrastrado a su vez por otro hermano. Rivaldo vivía desde hacía cinco años en São Bernardo, pero su alma seguía acostada en una hamaca bajo las palmas, en el horizonte azul de gavio-tas, canoas y barcos, con el mar esmeralda rozando la arena blanca, mansedumbre, silencio. Allí íbamos a fundar, Marcelo, él y yo, una comunidad en la que todo sería de todos y todos cooperarían para el bien de cada uno. Éramos jóvenes, románticos e ingenuos y, en cualquier momento, una bomba atómica podía destruir la Tierra. Tras una larga discusión sobre lo difícil que sería conseguir aventones para los tres juntos, acordamos separarnos. En la nochecita, Rivaldo y yo nos subimos a un tráiler y quedamos de ver a Marcelo en la primera gasolinera de Volta Redonda. Así empezó nuestra jornada, que terminaría mucho más pronto de lo que imaginábamos.

Rivaldo intentó sin éxito hacerle la plática al trailero. Dentro de la cabina calcinante, el ruido ronco del motor ahogaba el sonido de un acordeón que, acompañado por un fuerte acento del Sur, despataba historias de nostalgia y soledad. Yo, curioso, intentaba capturar el paisaje hundido en la negrura, revelado de vez en cuando por los faros que corrían en dirección contraria. Unas seis horas más tarde, la madrugada nos sorprendió caminando a la orilla de la autopista, entre Barra Mansa y Volta Redonda. En la primera gasolinera, como habíamos acordado, nos

detuvimos, exhaustos, y dormimos junto a la vulcanizadora, con un inquieto perrito callejero dándonos calor. Nos despertamos cuando la mañana ya se despedía y lo que se desplegó ante nuestros ojos fueron bombas fuera de servicio y una explanada desierta cubierta de matorrales. Frustrados y muertos de hambre, reemprendimos la marcha precedidos por el Héroe, así le puso Rivaldo al perrito fiestero y distraído, el único de los tres que parecía saber a dónde ir, y que, algunas curvas más adelante, desapareció en la hierba persiguiendo pájaros, mariposas y nubes. Pasados unos cuarenta minutos, bajo un sol áspero, llegamos a otra gasolinera y allí nos topamos con la cara malhumorada de Marcelo, que rezongaba por el contratiempo. Comimos en una fonda, tomamos cerveza, fumamos mota y trazamos la estrategia para el siguiente tramo.

El siguiente tramo, de Volta Redonda a Três Rios, lo recorrimos en dos horas, más o menos, en un tractocamión, Marcelo y yo. El chofer, un catarinense entusiasta y bien informado, expuso durante el viaje sus opiniones sobre el fin de la guerra de Vietnam, los motivos de la crisis del petróleo, las justificaciones de los árabes en el conflicto de Medio Oriente, nuestro mediocre desempeño en el Mundial, las causas del incendio en el edificio Joelma, los cambios que se esperaban con la sucesión del presidente Médici por el presidente Geisel, que, “por cierto”, era descendiente de alemanes, como el propio chofer, temas que yo desconocía y que a Marcelo poco le importaban. Cuando

nos bajamos, ya puesto el sol, Rivaldo nos esperaba con los brazos abiertos en sincera alegría. Entonces, sin saberlo, nos preparamos para recorrer el que sería el último capítulo de nuestra desventura.

Pasada una hora y media o dos, un Maverick irrumpió en la noche iluminando durante algunos segundos nuestra ropa fatigada y zumbó rumbo a la autopista Rio-Bahia. Algunos minutos después volvió a aparecer rugiendo, le dio vuelta al trébol, se detuvo frente a nosotros con el motor prendido, y un tipo más o menos de nuestra edad, barba descuidada, largo pelo negro y chino, con un collar de chaquiras de colores adornándole el cuello, camisa de flores y un churro entre los dedos cubiertos de anillos, nos preguntó si queríamos aventón. Sin dudarlo, echamos las mochilas en la cajuela y, antes de que acabáramos de acomodarnos, aceleró, haciendo chirriar las llantas. Netinho, se presentó, estudiante de Medicina en Vassouras, iba a casa a pasar las vacaciones. Dijo que su padre era el alcalde de Cataguases, de una familia de industriales, gente rica, importante, subrayó, sarcástico. No teníamos idea de dónde quedaba Cataguases e intentamos explicarle que queríamos llegar a Bitupitá, pero no nos escuchaba. Continuó, dijo que sus parientes tenían una especie *de casa de campo* en la periferia de la ciudad, que estaba vacía y que, *si queríamos*, podríamos usarla, prometiendo, eufórico, *mucha mota, mucho rock pesado, una banda bien lococho-na*. Intimidados, insistimos en nuestro objetivo: queríamos llegar a una aldea de pescadores en el Ceará,

pero él respondió impaciente, ¡Les queda de camino! ¡Les queda de camino!, y nos hizo callar.

En el camino, Netinho manejó a ciento cuarenta por hora, desgranando en el tocadiscos piezas de Led Zeppelin, Deep Purple, Black Sabbath, Thin Lizzy y The Who. En un restaurante mal iluminado, a la orilla de la carretera, comimos pan con chorizo y tomamos cerveza, y nos echamos un churro abajo de unos mangos, fundiendo las estrellas con las luciérnagas y filosofando sobre la gratuidad de la existencia. Para nuestra sorpresa, Rivaldo mostró ser locuaz, citó nombres extravagantes, Schopenhauer, Nietzsche, Kierkegaard... Poco a poco, empezábamos a sentirnos a gusto. De regreso en el coche, acompañamos las canciones con aullidos, burlándonos de los conductores de los pocos vehículos que se cruzaban con nosotros en la oscuridad desierta. En lo alto de una serranía, Netinho se detuvo, señaló las luces débiles que chispeaban a lo lejos, tras adivinarlas montañas, y anunció, ¡Cataguases! Para celebrar la premonición, se quitó la ropa y, a la mitad de la carretera, hizo la danza de la lluvia imitando a los indígenas de Estados Unidos. Antes de llegar a nuestro destino nos detuvimos en la zona roja de una ciudad, Leopoldina, donde, en un salón casi vacío, ahogados por el humo de los cigarros y la peste a alcohol y perfume baratos, nos tomamos unas cervezas más, azorrilladas, escoltados por tristes mujeres ebrias.

La *especie de casa de campo*, un terreno enorme

cercado por un muro alto rematado con pedazos de vidrio y lacrado con un portón macizo de hierro, estaba en una calle de terracería, con vecinos dispersos, en un despoblado que se llamaba Paraíso. Al frente, un pequeño estanque; atrás, una estrecha zona inculta y pantanosa que acababa en un cerro, en cuya cumbre se distinguía una plantación de eucaliptos. Un prado descuidado, con jardineras secas en que crecían rosales cultivados al azar, circundaba la casa. En el jardín, un huerto a medio sembrar, aparentemente abandonado, y un cuartucho de herramientas, olor a abono y veneno. Una hilera de piedras conducía los coches al garaje donde una mancha negra de aceite empapaba el firme de concreto. Adentro, casi nada de muebles. En la cocina, un piso de loza roja, ollas, platos y cubiertos amontonados en la alacena de acero blanco, una estufa de gas blanca, una mesa de fórmica blanca con seis sillas, un filtro de agua de porcelana blanca sobre el fregadero y una escoba de palma. En los cuatro cuartos, colchones dispersos sobre el piso de resina epóxica, montañas de sábanas y cobijas. En los dos baños gemelos, azulejos y excusados azules, tubos de agua sin regaderas, cortinas de plástico blancas. En la inmensa sala, soberano, el aparato de sonido cuadrafónico Akai. Y ceniceros, muchos ceniceros.

Nos despertamos con sol en la cara, crudos, y nos dimos cuenta de que estábamos atrapados. Netinho nos había dejado en la casa de madrugada y había cerrado el portón con llave. Después de un rato encontré en el armario medio paquete de maíz, que rindió

dos ollas de palomitas, y una lata de leche condensada. Marcelo descubrió varias bachas y las reaprovechamos en un churro saboreado al ritmo del último LP de Pink Floyd, *Dark Side of the Moon*, que Rivaldo, emocionadísimo, había encontrado entre los discos dispersos por la casa. Netinho no volvió a aparecer sino hasta el final de la tarde, en compañía del Cabeza, un poeta marginal que editaba un periodiquito alternativo, mimeografiado y con portada de serigrafía. Nervioso, dijo minutos después que iba por *algo de comer* y, sin que nos diéramos cuenta, volvió a cerrar el portón y desapareció haciendo desgañitarse al Maverick rojo. Como tardaba en volver, el Cabeza agarró una escalera en el cuartucho de herramientas y la apoyó contra el muro por la zona inculta, por donde era mucho más bajo, según nos mostró. Saltamos y nos fuimos a un bar de un barrio que estaba ahí cerca, donde nos llenamos de pan con mortadela y Coca Cola familiar. Cuando regresó Netinho, a las once, once y media, a la cabeza de una horda de gente, nos encontró sentados afuera, platicando animosamente alrededor de una fogata.

Entonces empezó el delirio, que pudo haber durado siete o doce días, es imposible saberlo con exactitud, el tiempo se desmoronó. Jóvenes flacos y melenudos y muchachas con faldas y batas indias entraban y salían de la casa día y noche, en un flujo convulso. Tomábamos *cachaça*, cocteles y cerveza, fumábamos mota, bebíamos té de hongos y de floripondio, algunos se atiborraron de Pambenil, y una

vez hubo alguien que llegó hasta con ácidos, cosa que causó un enorme revuelo. El olor a incienso y a cigarro apestaba los cuartos. Latas vacías de sardinas, mortadela y salchichas se amontonaban en la cocina, el fregadero repleto de trastes sucios. En un rincón remoto del jardín, Rivaldo dirigía círculos de música popular brasileña. Marcelo se refundió en un cuarto con Inês, una prima de Netinho, estudiante de Ingeniería en Rio de Janeiro. Desde el largo porche, mayestático, Netinho presidía el festejo. La música, altísima, reverberaba a lo lejos.

Aunque al principio me encantaba la anarquía, pronto sospeché que algo no encajaba bien. Traté, sin éxito, de convencer a Rivaldo y a Marcelo de que reemprendiéramos el viaje. Marcelo, intransigente, alegó que mientras hubiera un *techo, comida y hierba, ¡todo gratis!*, él no se movería de ahí. Alancé a decirle que aquello podría acabar muy mal en cualquier momento, pero él enamorado, me dio la espalda y, con tono de burla, me gritó que mi problema era que le tenía envidia por Inês, ¡Encuéstrate alguien para ti, carnal!, dijo con desdén, provocativo. Rivaldo, conciliador, dijo que acataría la decisión que tomáramos y se alejó tomando la guitarra por el brazo. Yo daba vueltas, cada vez más angustiado. Llegué a preparar mi mochila para irme solo, pero a la hora de la hora me acobardé. No tenía sentido seguir sin Marcelo y sin Rivaldo.

Una mañana fría, cuando apenas había salido el sol, las cosas se precipitaron. Recuerdo que me des-

perté asustado, susurros, gritos, carreras. Atónito, metí las piernas en unos pantalones y los brazos y la cabeza en una playera, me puse los Keds y, chocando aquí con uno y allá con otro, llegué a la parte de enfrente de la casa, donde Netinho, en calzones, le mentaba la madre a una voz que, del otro lado del muro, decía impaciente, *tengo una orden, de todas formas vamos a entrar*, etc. Instintivamente nos agrupamos tensos alrededor de Netinho. En shorts y sin camisa, Marcelo se me acercó tiritando y dijo, confiado, que Inês conocía al comisario, un tal licenciado Aníbal, un payaso al que le gustaba figurar, que no me preocupara, el padre de Inês era un peso pesado en la ciudad, no nos va a pasar nada. No vi a Rivaldo y, preocupado, estaba pensando en ir a buscarlo cuando Netinho, atrevido, gritó que él se iba a ir y que más valía que nadie intentara impedírselo. Entró en la casa, tomó la llave del Maverick y, tranquilamente, así como estaba, manejó hasta el portón, se bajó, abrió el candado, volvió a tomar el volante y desapareció en la nube de polvo amarillo. En seguida salieron veloces un vocho azul manejado por Inês, que llevaba a otras tres chicas, y un Opala negro. Los que habíamos quedado vimos, paralizados, a los policías, toletes en mano, invadir la casa de campo con el comisario a la cabeza, traje color plomo que emanaba olor a nicotina.

Nos dispersamos en desorden. Le di la vuelta a la casa, me metí en el huerto y, de reojo, vi a Rivaldo trasponiendo el muro. Subí yo también los peldaños de la escalera y lo vi cuando, cojeando, se internó

aterrado en el pantano. Antes de que pudiera saltar, las manos de un soldado aferraron mis piernas y me echaron a tierra, mientras otro, tomando mi lugar, saltaba en pos de Rivaldo. Con la rodilla y el codo izquierdos raspados, me empujaron hacia la sala, donde el tal licenciado Aníbal, con el cigarro prendido entre los dedos, esperaba. Un silencio pavoroso se posó sobre el mundo. Las piernas, los brazos, cada uno de los músculos de mi cuerpo temblaba sin control, en pánico.

El comisario nos separó en tres grupos. Al más numeroso, unos seis adolescentes aterrorizados, recomendó que lo ficharan por atentar contra la moral y las buenas costumbres y por alterar el orden público; que raparan a los muchachos y los mantuvieran presos hasta que sus padres, intimidados, se presentaran en la comisaría. Y, enderezándose, los encaró uno a uno, gritando furioso, ¡Bola de descarados, maricones y mariguanos, ustedes son la deshonra de Brasil! Después, mirando al Cabeza, que estaba recargado en la pared opuesta junto a un muchacho, con varios moretones, la cara tapizada de espinillas, mirada de rabia, le dijo condolido, José Francisco, José Francisco, tu padre es un hombre honesto, trabajador, un jefe de familia ejemplar... ¿Cómo puedes hacerle esto? ¿Y a tu madre... gente de bien... y tú poniéndote al nivel de este... de este... pobre diablo... de este narquillo...? Determinó que los arrestaran a ambos y ordenó que pasaran por un correctivo, A ver si ahora sí te enmiendas, José Francisco... Salieron todos en fila, empujados

hacia los dos furgones de la policía que esperaban en la calle, envueltos en la curiosidad de los pocos fisgonas que estaban allí para ver cómo acababa la redada. Y, sólo entonces, se ocupó de mí y de Marcelo.

Un gallo confundido cacarea imponente. Lejos, el llanto de un bebé con cólicos. La niebla rala disipa la voz de una madre que llama a su hijo. En alguna casa del vecindario suena, en el radio, Roberto Carlos. Benteveos inundan la mañana gris. En la sala vacía hacen eco los pasos del licenciado Aníbal, que camina nervioso de un lado a otro. Se detiene junto a la ventana, contemplativo, enciende un cigarro, vuelve a caminar. De repente, como si se acordara de nuestra presencia, se detiene y, gesticulando, retoma vaivén, dando inicio a una diatriba que llevo tallada en la memoria palabra por palabra: “Yo lo que quisiera, como hombre público, sería agarrarlos a todos, bola de maricones, invertidos, drogadictos, subversivos, y mandarlos a Rusia. ¡Si no están contentos aquí, váyanse a vivir al seno del comunismo! Pero, como cristiano, no me corresponde condenar a nadie. Ustedes parecen ser de buenas familias, se merecen una oportunidad... Dentro de diez, quince años, la mayoría de los muchachos y muchachas que estaban aquí, de ramas distinguidas de Cataguases, van a ser médicos, abogados, ingenieros... Cuando se acuerden de esta época, se van a reír con ganas... Todos somos rebeldes a los veinte años... ¡Ah, la alegre irresponsabilidad...! Así ha sido desde que el mundo es mundo... Pero ¿y ustedes?, me pregunto. ¿Dónde van a estar dentro de

diez, quince años? ¿Lo han pensado? No, ¿verdad? Pues les voy a dar una oportunidad para que reflexionen. Son ustedes jóvenes, y..." El sargento interrumpió al comisario, le susurró algo, salieron presurosos. A continuación, varios soldados entraron y nos esposaron rápido, las manos atrás, nos encapucharon y nos arrastraron. Desaparecimos.

Mucho tiempo estuve enjaulado en un cuarto minúsculo, sofocante, paredes sin repellar, techo bajo, sin ventanas, firme de concreto burdo. Una vez al día abrían la puerta de par en par, vertiendo luz sobre el colchón de paja deshilachada infestado de chinches, encegueciéndome. En silencio, una mujer sin edad, con una pañoleta en la cabeza, recogía la jarra, la llenaba de agua, vaciaba y lavaba el orinal, me entregaba una olla de arroz, frijoles, quimbombó y un pedazo de carne como única comida, con una taza de café aguado. Quería entender por qué no dejaban que me fuera, quería saber dónde estaban Marcelo, Rivaldo, pero la mujer me ignoraba, como si no existiera. Una vez se me ocurrió escapar. Esperé a que tocara la manija y salí disparado, pero en ese mismo instante un pastor alemán saltó, me mordió el pantalón y me inmovilizó. Tranquilos, aparecieron dos policías que, burlones, mentándome la madre, me dieron unas cachetadas, me patearon y me llevaron de regreso, jalándome por los pelos. Pasé días con el cuerpo adolorido, tatuado de moretones. Al principio, para distraerme, trataba de identificar los ruidos allá afuera. Una gallina rasca en la basura para alimentar a sus polluelos, escándalo

de pajaritos al amanecer y al atardecer, mugidos de vacas a lo lejos, una conversación transportada por el viento... Después me volví apático. No me levantaba del colchón, dejé de comer, dejé de pensar, me marchité. Poco importaba el futuro, porque para mí ya no había futuro.

Una tarde, tres hombres vestidos de civil penetraron en el cuarto con estrépito y, ni tardos ni perezosos, me esposaron, las manos atrás, me encapucharon y me retacaron en la cajuela de un coche. Creí que me iban a matar. Lo único que me daba tristeza era no haber conocido el mar, que decían que estaba lleno de agua salada, cristalina y tenía un fondo de arena blanca, finísima... Luego de recorrer durante mucho tiempo una carretera llena de baches, tomaron un nuevo camino, de pavimento desigual, y luego otra vez una calle llena de protuberancias y agujeros. Al final se detuvieron. Abrieron la cajuela, me arrastraron y sentaron en una silla. Cuando me descubrieron la cabeza, el crepúsculo reveló un patio recién podado, naranjos y limoneros raquíticos, papayos, un velocípedo descompuesto, una carretita y un perro amarrado a un árbol. Del interior de la modesta casa salió un viejo que me cortó rápidamente el pelo, con asco, comentando, irritado, ¡Este muchacho apesta, Silvano! ¡Está lleno de piojos! Luego me quitaron las esposas, me empujaron al baño, me dieron un jabón de coco y me ordenaron que me bañara. Casi me desmayé con el impacto del agua fría. Mi piel ostentaba heridas causadas por picaduras de pulgas, chinches, moscos. Me

sequé con una toalla reseca que olía a jabón y me puse una muda de ropa limpia. Conmigo prensado entre dos tipos en el asiento trasero de una Suburban verde claro, dejamos Cataguases cruzando una parvada de bicicletas que volvían cansadas a sus refugios.

Durante unos cuarenta minutos, los faros iluminaron matorrales que se tragaban el asfalto, hasta que se estacionaron a la sombra de los árboles de una plaza en otra ciudad. Impacientes, esperaron. El radio de pilas discutía la goliza del Flamengo, seis a cero contra el Paysandu en el Campeonato Nacional. Diez minutos más y vimos el autobús que, despacio, se arrimó a la banqueta de la estación improvisada. Entonces la brasa de un cigarro despuntó en la penumbra y me sacaron del coche. La mano firme del licenciado Aníbal me tomó del brazo y, discretamente acompañado por los hombres que iban de civil, me condujo hasta la corta fila que se había formado. Preguntó, ¿São Paulo?, y entregó el boleto, asiento número cuatro. Antes de que me subiera al estribo, me dijo, Muchacho, espero que hayas sacado alguna lección de todo esto... Subí, tomé mi lugar. Poco después entró Marcelo, pálido, pelón, cabizbajo, y fue a sentarse al fondo. El chofer pasó revista a los pasajeros, prendió el motor, le dio vuelta a la cuadra y nos hundimos en la noche oscura.

En la parada de Paraíba do Sul, donde los viajeros van al baño, comen alguna porquería, y se toman un cafecito recalentado, yo ya había tomado mi decisión.

Esperé a que Marcelo bajara, pero él siguió inmóvil en su lugar. Fui a donde estaba y le pregunté, ¿Cómo estás?, pero no obtuve respuesta. ¿Qué le habrá pasado a Rivaldo?, insistí, pero él siguió callado, observando ajeno la oscuridad allá afuera. Al final le dije, No voy a volver a São Paulo, Marcelo, no tengo nada que hacer allá... ¡Vámonos a Bitupitá...! Vamos a buscar a los padres de Rivaldo, a denunciar lo que nos pasó, a fundar nuestra comunidad... Él me interrumpió irritado: ¡Cállate la boca, pendejo, cállate la boca! Entonces, mirándome fijamente a los ojos, exclamó, con odio, Olvídate de mí, pendejo, ¡olvídate! Recorrí el pasillo y salí del autobús. Caminé despacio, disimulando la ansiedad, hacia la gasolinera, me trepé a un barranco y me escapé, hierba arriba. A la mañana siguiente conseguí un aventón y, saltando de ciudad en ciudad, crucé Minas Gerais y llegue a Bahia. En Feira de Santana conocí a un grupo de *hippies* y me fui con ellos a Arembepe. Después a Salvador, Cachoeira, Lençóis, Ilhéus... Nunca llegué a mi destino... Me convertí en esto: agua estancada...

COMER SUSHI EN BEIRUT

Cuando entré al *sushi lounge bar*, en el décimo piso del Golden Tulip Hotel de Ville, en Beirut, nada más había un cliente. Pasaba poco de las siete de la noche y la recepcionista, que sumaba a sus funciones las de mesera, una joven y sonriente oriental, quizá tailandesa, conduciéndome entre una docena de mesas, floreritos de origami plantados en manteles blancos tendidos en diagonal sobre manteles rojos, me instaló junto al amplio ventanal, cerca de otro tipo. No hubo manera de evitar, por la incomodidad de la situación, que nos saludáramos cordialmente. Me senté e intenté disfrutar la belleza de aquella ciudad que tanto me recordaba a Río de Janeiro, una pequeña franja de tierra claveteada de edificios en una bahía esplendorosa, rodeada de una cortina de montañas, salvo que allí las faldas de los cerros no estaban cubiertas de favelas. Esa semana, al caminar por la zona cristiana, me había quedado claro por qué todos los pueblos han codiciado Beirut en todos los tiempos. Aunque era un cliché, no podía dejar de compararla con una mujer hermosa, elegante, inteligente, encantadora, discreta, sensual y delicadamente exótica.

La tailandesa, o vietnamita, quizá, vino, me entregó el menú con reverencia y se dirigió a la otra mesa. El hombre le preguntó algunas cosas en francés, que ella obviamente no comprendió, porque, siempre risueña, respondió en un inglés enmarañado. Me apiadé ante el apuro de la vietnamita, o birmana, quizá, que intentaba explicar, en una lengua que no era suya, diferencias entre los diversos platillos de una culinaria completamente ajena a ella. Tras un breve momento, en el que se esforzó por entablar un diálogo, el tipo se rindió y, con el dedo, señaló al azar un platillo del menú como si se librara de un suplicio. La joven fue a la caja y le pasó la comanda a una señora chaparrita y empertigada, que inmediatamente se metió en la cocina por la puerta de vaivén, gritando algo en su lengua nativa. El tipo miraba ahora ensimismado las luces que titilaban en los contrafuertes del Monte Líbano. Grande, gordo, delgadísimo pelo castaño claro, cachetes rojos, enfundado en un traje negro raído, corbata azul con figuras geométricas amarillas, camisa blanca, parecía un campesino que volviera de una boda, con los zapatos apretándole los pies, sin saber cómo portarse dentro de una indumentaria que lo asfixiaba.

La mesera, camboyana quizá, se acercó, le indicó que quería un *misoshiru* de entrada, una variedad sushi como plato principal y, de beber, agua; ella lo apuntó, tomó el menú, inclinó el torso. Volvió enseguida, depositó en la mesa de enfrente una botella de vino, la descorchó con trabajos y vertió un poco en la

copa. El hombre tomó la copa con la mano derecha, la hizo bailar en el aire con insospechada gracia, observó el líquido rubí, aspiró su aroma y, por fin, sorbió un trago. Con los ojos cerrados chasqueó la lengua y, abriéndolos, autorizó a la joven que le sirviera. Luego se inclinó hacia mí, alzó la copa y dijo, simpático, *Santé!* Meneando la cabeza, correspondí, *Santé!* Envalentonado, me preguntó en un francés perfecto si me gustaría acompañarlo, Chatêau Ksara Réserve du Couvent 2005, explicó. Debo haber hecho algún movimiento que le dio a entender que aceptaba la oferta, aunque no había sido ésa mi intención, porque se levantó y, dándose un cabezazo con la lámpara rectangular de papel china rojo, se acercó a mí. Sólo entonces me di cuenta de que era mucho más alto y pesado de lo que parecía, más o menos un metro noventa de estatura, unos ciento veinte kilos.

Puso el vino y la copa sobre el mantel, le hizo una seña a la mesera y, jalando una silla, se presentó, Marcelo Barresi. Yo, todavía espantado ante ese exceso de confianza, lo saludé y dije mi nombre. ¿Italiano?, preguntó con entusiasmo, *Parliamo in italiano allora!* Le expliqué en francés que, aunque era *oriundi*, no hablaba la lengua de mis abuelos. Soy brasileño, concluí. Una inmensa sonrisa infantil iluminó su rostro lunar, canturreó con voz de barítono, *Copacabana, princesiña del maaaaaar*, y se habría seguido si no hubiera ido a interrumpirlo la joven que, confundida, no atinaba a comprender cómo es que, si habíamos llegado en momentos distintos y nos habíamos senta-

do en lugares distintos, ahora compartíamos una misma mesa. El tipo intentó explicárselo, bienhumorado, pero se rindió luego de emitir algunas frases, que ella no captó. Gesticulando le pidió otra copa, y la mesera, china quizá, nos dejó, furiosa. Marcelo se volvió hacia mí, los ojos semicerrados, e irrumpió en una carcajada larga, estruendosa, avasalladora, que sacudía su enorme cuerpo gelatinoso, ¡Jajajajaja!

La joven regresó con la copa, Marcelo la llenó, alzó la suya en un brindis, Por Brasil, dijo animado. Por Brasil, repetí. Le tengo mucho cariño a Brasil, Brasil me salvó la vida, afirmó, en español, completando, ¿Podemos charlar en español, por supuesto? Asentí, y él añadió, Incluso hablaba portugués, pero me olvidé, ¡jajajajaja! Entonces me preguntó qué hacía en Beirut. Le expliqué que estaba allí por motivos profesionales y él se puso a hablar de generalidades, ¿Sabías que, por motivos de equilibrio político, desde 1932 no se hicieron censos demográficos en este país? No, no lo sabía. ¿Sabías que, por esas mismas razones, acá no se estudia la historia de Líbano? No, no lo sabía. ¿Sabías que, en 2006, mientras los aviones de caza israelíes bombardeaban la ciudad, había jóvenes apáticos en la playa tomando sol? No, no lo sabía. ¿Sabías que lo que sostiene la economía son los bancos y el juego? Sí, sí lo sabía. ¿Sabías que el vino aquí es excelente, pero casi no se exporta, porque se produce poco? Sí, sí lo sabía.

La mesera, laosiana, quizá, empujó el tazón de missoshiru hacia mí y algo que no logramos descifrar hacia Marcelo, que, divertido, me explicó que

había ordenado aquello sin querer, había señalado una línea de la carta para preguntar qué era aquello, ella lo había interpretado como una orden, él había decidido no discutir, ¡Jajajajajaja! ¿Y vos qué elegiste de plato principal?, indagó. *Sushi*, respondí. Y él, al borde de una apoplejía, ¡Jajajajajaja!, dijo, casi sofocado, ¡Yo también! Después, más tranquilo, observó, Comer sushi en Beirut... ¿No parece el título de una película? Yo sonreí, estaba de acuerdo, Sí, de una película de espías...

Manipulando los palillos con destreza, Marcelo consumió la entrada, empapada en salsa de soya, mientras intentaba descifrar el relleno, ¡Mariscos! Creo que son mariscos, observaba, para afirmar enseguida, No, no, creo que son moluscos... ¡Moluscos, seguro! O pescado, sí, pedacitos de pescado... ¡Jajajajajajaja! Satisfecho, se limpió la boca con la servilleta y declaró, enfático, ¡Brasil! ¡Precioso país! ¡Precioso país! Sintuéndome obligado a mantener viva la conversación, le pregunté, ¿Y tú, de dónde eres? ¿Yo?, dijo él, ¡Yo no tengo patria! ¡Jajajajajaja! Tras sorber un trago de la copa, prosiguió, serio, con el cuerpo enorme replegado en un caparazón de pesar, Soy argentino, o lo fui... algún día... Y de nuevo irrumpió en una carcajada, ¡Somos enemigos, hombre! ¡Jajajajajaja! Le pregunté qué hacía en Líbano y él me explicó que era profesor de Sociología en Francia, en el Instituto de Ciencias Políticas de Toulouse, Como tenemos un convenio con la Universidad Saint Joseph, vine a enseñar un curso sobre la compleja relación del in-

dividuo con la esfera pública... Me voy dentro de un mes... Y me preguntó cuánto tiempo seguiría yo por allí. Me voy mañana, contesté. ¿Te volvés a Brasil? Y entonces, en el subibaja de su humor, la euforia cedió lugar a una tristeza difusa. Qué suerte la tuya, exclamó, la mirada vaga, las manazas extendidas sobre la superficie de la mesa, Yo, en cambio, no tengo ningún lugar al que volver...

El silencio cayó como una densa niebla. En el Monte Líbano, las luces eran estrellas de brillo pálido. Pensé, Yo tampoco tengo hogar, familia, nadie me va a llorar sobre el suelo en que me entierren, pero mis divagaciones fueron guillotizadas por Marcelo, que me preguntó si me molestaría que fumara. Me encogí de hombros, él tomó un cenicero de la mesa de a lado, se sacó del bolsillo una cajetilla azul clara de Gauloises Caporal y un encendedor Zippo, prendió el cigarro dándole el golpe con ansiedad, y preguntó qué me parecía el vino. A mí me gusta, respondí, y él dijo: ¡Pidamos otra botella!, mientras le hacía señas a la joven, malaya, quizá. Dos parejas entraron en el restaurante y fueron conducidas hacia una mesa que estaba al fondo. Marcelo me preguntó, distraído, si había visitado la catedral de Harissa, Biblos, el Museo Nacional... Le dije que sí y le pregunté, por mi parte, en qué circunstancias había conocido Brasil, cómo había ido a parar a Toulouse, por qué había dejado Argentina, buscaba un tema de conversación, y supuse que querría discurrir al respecto. Él, echando lejos el humo, aplastó la colilla en el cenicero y dijo, ¿De ver-

dad querés saber? No pude descifrar, en el momento, si la pregunta traducía sorpresa o incomodidad.

La mesera, quizá tailandesa, sí, abrió la botella con trabajos, envolvió el corcho en una servilleta, nos lo mostró, sirvió deprisa el líquido en las copas. Volvió poco después con dos porciones de sushi, la pequeña para mí, la enorme para Marcelo, cuyos ojos arrojaron destellos de gula. Alzó la copa, Por los encuentros fortuitos, porque en ellos reside la verdadera amistad, dijo sentencioso. Y se soltó a hablar, puntuando su relato con tragos de vino, con chupadas de cigarro y con su risa escandalosa.

“La historia empezó con mi abuelo, Salvatore Barresi, un calabrés alto, moreno y barbón, que migró solo a Brasil en 1913. Tenía unos 18 años y era anarquista, ¡¡¡¡¡ En San Paulo, cuenta la leyenda, participó en la primera huelga general, creo que en 1917, pero perseguido, bajó a la Argentina. En Buenos Aires se metió en la Federación Obrera, llegó a ser dirigente, secretario general, algo así. Como gráfico, ayudó a fundar periódicos de corta duración y nombres curiosos, *El Soldado*, *Alborada*, *El Burro*, ¡¡¡¡¡, y escribió artículos exaltados en otros, como *La Protesta*. En plena militancia política, se casó con Elena Vacca-ro, una siciliana con la que tuvo cuatro hijos, uno tras otro, a los que la pobre criaba solita como lavandera. Era rara, esa abuela, bajita, pelo negro recogido en un rodete, ojos negros de una tristeza rencorosa, honda, aprehensiva... En septiembre de 1930, el general Uri-

buru dio un golpe de Estado y mi abuelo desapareció, probablemente asesinado por la Liga Patriótica. La vida cotidiana de la familia, ya de por sí difícil, se volvió insoportable. Mi abuela no podía contar con nadie: su padre era un obrero anarquista, siempre despedido por involucrarse en huelgas, sindicatos, manifestaciones; sus hermanos estaban enredados en sus propias miserias. Entonces, a través de los contactos que tenía con las familias para las que trabajaba, mandó a mi padre, Vicente, de once años, y a mi tío, Francisco, de diez, a ayudar a mantener la casa: mi tío lavaba vasos y platos en El Caballito Elegante, en Palermo, mi padre servía de guía, por la Calle Florida, a un abogado viejo y ciego, Un Pereyra Girado, que tenía una biblioteca de más de diez mil libros y un bastón con empuñadura de oro. Mi abuela les hizo jurar que nunca se dejarían descarriar por la política. Cada vez que alguno tocaba el tema, aunque fuera por casualidad, ella se caía al suelo, en una convulsiva crisis de nervios que, no se sabe si genuina o inventada, surtía efecto, ¡jjajajajajaja! Los hijos hicieron caso omiso de las discusiones que indisponían a la sociedad argentina, la Guerra Civil Española, la Segunda Guerra Mundial, las revoluciones internas civiles y militares, el peronismo. Marcos murió cuando todavía era adolescente, de tuberculosis; Margarita se casó con un productor de manzanas de Neuquén y rompió relaciones con la familia; Francisco contrajo matrimonio con la hija del propietario del restaurante, heredó el negocio; mi padre se casó con Ana Sierra, una descen-

diente lejana de charrúas, y abrió una pequeña papelería en Chacarita, El Sueño Azul, que después de una ampliación, se convirtió en una referencia para la clase media porteña desde los años sesenta hasta mediados de los setenta. O sea, nací y crecí en un mundo acogedor desde el punto de vista material. Jamás me faltó nada. Comíamos bien, todos los domingos almorzábamos en El Caballito Elegante, veraneábamos mi madre, mi abuela y yo en Necochea, donde teníamos una casa, vivíamos en un lugar bastante cómodo en Villa Ortúzar. Yo, hijo único, tenía mi propio cuarto, mi abuela, el suyo y, además del de mis padres, había otro, siempre vacío. Mi papá salía siempre a pie, a las siete de la mañana, y se quedaba hasta tarde en su negocio, sin volver a una hora fija, porque no confiaba en ningún empleado, ni siquiera para abrir y cerrar las puertas, creía que le iban a robar. Mi madre escatimaba palabras, no le hablaba a nadie, porque creía que, por ser mestiza, aunque no cargaba con ningún rasgo indígena, todos la despreciaban. Yo no lograba hacer amistades. Gordo, tímido y torpe, evitaba los juegos con mis compañeros, fútbol, carreras, cualquier cosa que exigiera movimiento y sudor, ¡jajajajajaja!, y me mantenía al margen. Además, no iba a la iglesia, único legado de nuestra ascendencia anarquista, éramos anticlericales, para desesperación de mi madre, devota entusiasta de la Virgen de Luján y del Gauchito Gil. Mi padre leía *La Razón*, y en el *living* había una pequeña estantería tapizada con los enormes volúmenes de la *Enciclopedia Británica* y los insos-

pechados compendios de la *Biblioteca Espasa Calpe*, más como una ostentación para las visitas, que nunca llegaron, porque mi abuela les inculcó a sus hijos un auténtico pavor por el saber libresco. Así que, desde chico, para adiestrar la soledad, me tiraba boca abajo en el parque y me devoraba los títulos uno tras otro, contra los deseos de mi abuela, que preveía mi perdición, ¡jajajajajajaja!, pero con la complicidad sordomuda de mi padre, que quería que fuera abogado como el licenciado Pereyra Girado, un hombre distinguido, se llenaba la boca, un aristócrata que hablaba con fluidez seis idiomas y leía diez, cuya cultura era más amplia y profunda que la de cualquier otro en Buenos Aires y, para él, pronunciar Buenos Aires significaba poner fin a todas las dudas. Así me desarrollé, atrincherado entre mi abuela, autoritaria, mezquina y avara; mi madre, silenciosa, resentida y vengativa; y mi padre, arrogante, injusto y ajeno —cada cual, a su manera, devolvía al mundo lo que le había sido impuesto como castigo. Yo no existía en este universo de amarguras, indignaciones y tristezas inacabables. Pero, aunque mi abuela rezongaba porque me mimaban demasiado y mi madre me ignoraba, mi padre, furtivamente, insuflaba en mí el deseo de convertirme en un hombre distinguido, que él concluía no ser, sólo que yo, en lugar de verme en el licenciado Pereyra Girado, me inspiraba en mi abuelo, que flotaba soberano colgado en la pared del centro, imponente y avizor. Así, sin quererlo, mi padre ató lazos que no existían entre las generaciones, y pasé mi infancia escul-

piendo el rostro duro y sepia de Salvatore Barresi sobre Robinson Crusoe, Gulliver, el conde de Monte Cristo, D'Artagnan, Don Quijote, Jim Hawkins, Allan Quatermain, sobre todos mis héroes que, con disimulo, habitaban el silencio de aquel territorio frío, estéril, amargo. De protagonista de peripecias amargas, anclé a mi abuelo en aventuras reales, buscando información en los archivos de la Biblioteca José Ingenieros. Entusiasmado ante los alcances de su valor y contagiado por sus artículos incendiarios, cambié a Defoe, Swift, Dumas, Cervantes, Stevenson y Rider Haggard por Proudhon, Malatesta, Kropotkin, Bakunin, Emilio López Arango, Diego Abad de Santillán, ¡jajajajajaja! Claro que nadie en mi casa sabía de esa... actividad subversiva... ¡jajajajajajaja! Salía temprano a la escuela, inventaba que después iba a reunirme con amigos, me zambullía en los libros, no me preguntaban nada, yo nada decía... En esa época tenía dieciséis, diecisiete años, y el mundo se caía a pedazos... La guerra de Vietnam, el asesinato de Luther King, la revuelta de los estudiantes en Francia, la masacre de Tlatelolco, la primavera de Praga, el golpe militar "científico" en Argentina, el hombre en la Luna... Para no agravar el conflicto doméstico, en 1970 encaucé mis pasos perdidos hacia la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. Pero lo único que quería, en realidad, era dedicarme a la militancia política. El combustible de mayo del '68 alimentaba mis ideas, me afilié a la Federación Libertaria. Semiclandestino, consumía mis días vendiendo de mano en mano el

periódico *Acción Libertaria* y los libros de la editorial Reconstruir, y discutiendo sobre la inminencia de los cambios... Los militares se sucedían en el poder, en patéticos autogolpes que acentuaban el caos... Sospechando de mis actividades, mi familia, tal vez porque nunca se había formado expectativas de mí, me relegaba al desprecio. Cuando mucho, mi padre me advertía, sacudiéndome, ¡No nos traigas problemas! ¡No perjudiques los negocios! ¡No cuentes con nosotros! ¡Jajajajajaja! Me alejaba de Villa Ortúzar a la mañana y, muchas veces, al regresar, ya bien entrada la noche, me encontraba a mi madre en la sala, callada, en el sofá, acurrucada en sí misma, y a mi abuela, distante, el chal caído sobre la espalda, el cuerpo encogido en la mecedora, el cerebro poco a poco desentendiéndose, ambas estáticas frente al televisor. Luchaba por una revolución social, pero, más que eso, quería encontrarle un propósito a la existencia, no quería reflejarme en esos tres tristes tigres solitarios, finales... Allá afuera, los compañeros me consideraban, yo hacía una diferencia, no era un ser que avanzaba hacia la muerte, sino un adolescente que se aferraba con furia a la vida... De pronto, los cimientos de la vida cedieron... Mi abuela empeoró, ya nada de lo que decía tenía sentido, se orinaba y se cagaba, se negaba a alimentarse y a tomar medicamentos, peleaba, insultaba, lloraba, dormía de día y pasaba la noche despierta, y mi padre y mi tío decidieron internarla en un geriátrico. Ella nunca los perdonó... Mientras le quedaba un poco de lucidez, los insultaba, acusándolos de *bas-*

tardi, magnacci, cuinnuti, canaglie, assassini... ¡Jajajajaja-jaja! La vieja, aunque senil, los sobrevivió a todos... Tal vez por sentirse culpable, mi padre empezó a enojarse con cada gesto, con cada palabra de mi madre, y se hicieron la vida tan imposible que decidieron dormir en cuartos separados, sin volver a dirigirse la palabra. El silencio que emanaba de las paredes poco a poco inundó los cuartos, se desbordó por las puertas y ventanas, fluyó por la vereda de enfrente. Yo me ahogaba en aquella amargura, me hundía en aquel disgusto. Entonces, a fines de 1972, como ya era capaz de mantenerme dando clases particulares de castellano e italiano, me fui de la casa, me mudé a Avellaneda, abandoné la Facultad de Derecho. Estudiaba francés, coordinaba un grupo de estudios sobre anarquismo social, tenía un escarabajo azul, ¡jajajajajajaja!, y cuando llegó 1973 empecé la carrera de Sociología. Pasé un montón de tiempo sin pisar mi casa. La campaña política tenía el país prendido fuego. En ningún lado se hablaba de otra cosa que no fuera la contienda entre El Tío y Balbín. En la fecha de la toma de posesión de Cámpora, el 25 de mayo, me aparecí de sopetón, de noche, en Villa Ortúzar, estacioné el auto, abrí la puerta, porque todavía tenía llave, entré. De pronto, la oscuridad susurró mi nombre. Me asusté, intenté adivinar a mi padre tirado en el sillón, Sólo vengo a buscar un documento, expliqué. Él dijo con una voz pálida, irreconocible, ¿Sabías que tu madre se murió? Se me aflojaron las piernas. En esa época, la muerte era para mí un concepto teológico, una cuestión filosófica, no

un hecho real. Por muchos encontronazos que tuviéramos, saber que mi madre existía me confortaba, me alentaba la idea de que, a pesar de mi enorme soledad, proporcional a mi tamaño, ¡jjajajajajaja!, los recuerdos de nuestros paseos mudos los domingos a la tarde, después de la comida familiar en El Caballito Elegante, cuando yo, potrillo suelto, masticaba tranquilo el pasto tierno del parque, bajo su mirada atenta y quizá incluso orgullosa, o por lo menos así me la imaginaba yo, cebaban mis sueños inalcanzables de alegría. Mi vista palpó la sala hasta encontrar el sillón, donde se desplomó mi cuerpo. ¿Se murió?, pregunté, atónito. Se mató, dijo él, con rabia. Me levanté de un salto y, con el estómago revuelto de asco, corrí hasta el baño y vomité, vomité, vomité. Después, mirándome la cara en el espejo, lloré convulsivamente, no por mi madre, que había desperdiciado su vida con un hombre árido, ni por mi padre, sombra trémula en la pared, sino por mí, condenado sin remisión a la infelicidad perpetua. Allí permanecí, suspendido el espacio, inmóvil el tiempo, hasta que mi mano, tomando la iniciativa, apagó la luz, y las piernas me arrastraron indecisas de nuevo al *living*. Tuve el impulso de acercarme a mi padre, envolverlo en un abrazo, compartir nuestro dolor, pero a medio camino me dijo, La enterramos hace tres días... Tu primo anduvo buscándote por todas partes, pero nadie sabía dónde estabas... Tengo un hijo que más parece un delincuente, vive escondiéndose... Deberías darle más valor a... No escuché lo demás. Poco después, la noche porteña inva-

día mis pulmones... Me arrepiento de no haber insistido en acercarme a él de nuevo, fracasamos, cultivamos orgullos estúpidos, pero yo era intransigente conmigo mismo y con los que me rodeaban. Adoptaba modelos de comportamiento ético que, aunque todavía me sirven de guía, en esa época no me servían más que como instrumentos infalibles para sopesar el carácter ajeno. Hoy tiendo a ser más generoso, no juzgo a nadie, que cada quién haga lo que mejor le parezca, porque luego, de una u otra manera, todos le rendimos cuentas a nuestra consciencia... Con mi madre muerta, mi abuela en el asilo y yo viviendo fuera, mi padre vio cómo se marchitaban sus días, aislado en casa, corroído por remordimientos y rencores. Antes siempre impecable, se abandonó, ropa arrugada, barba sin afeitar; él, que apreciaba los platos abundantes y los buenos vinos, comía poco y mal; austero en la administración del negocio, la dejó librada a su suerte. Entre la Masacre de Ezeiza y la muerte de Perón, en poco más de un año, El Sueño Azul se desplomó hasta la insolvencia. El 15 de febrero de 1976, recuerdo bien la fecha porque cumpla años el 16, soy de acuario, ¡jajajajajajaja!, tal vez presintiendo lo que sucedería, con el cielo de Argentina cada vez más plomizo, me decidí por fin a visitarlo. En Villa Ortúzar supe que estaba internado desde hacía más de una semana en el Hospital Italiano, adonde lo llevó mi tío, que lo había encontrado inconsciente en el piso de la cocina. Cuando llegué a la recepción, me informaron que había fallecido hacía algunas horas, asaltado por

una tristeza generalizada... Un mes después, los militares derrocaron a Isabelita... Esa madrugada me desperté asustado, con ruido en la calle, e intenté hilvanar los retazos de conversación que se insinuaban por las rendijas de la ventana. Sospechando que pasaba algo muy malo, encendí la radio y el noticiero relataba el desarrollo del golpe, siempre ensayado, pero que nos parecía improbable. Me cambié la ropa, salí apurado y caminé sin rumbo durante horas, encontrándome con una Buenos Aires atónita. Es gracioso, siempre me había imaginado cómo me comportaría en ese caso, y me veía abrazando la resistencia, se trataba de un deber cívico indiscutible, eso creía. Pero, al caer la noche, exhausto y amedrentado, me di cuenta de que todo el tiempo había evitado mantener contacto con mis compañeros y conocidos, y me dio vergüenza mi cobardía... Me descubrí curioseando en las inmediaciones de Villa Ortúzar y, luego de asegurarme de que no había nadie a la vista, entré rápido en la casa... A tientas con los ojos, exploré cada rincón de aquellos cuartos, los mismos muebles, objetos, alfombras y cuadros ocupaban los mismos lugares desde siempre, como si se hubieran extinguido mucho antes de la desaparición de sus habitantes. Sentí que me embreñaba en un territorio de fantasmas, yo mismo un espectro execrable. Aturdido, entré en mi cuarto, el portarretratos en la cabecera de la cama exhibiéndome a los siete, ocho años, sonriente en la playa en Necochea, el escritorio, la pequeña estantería llena de volúmenes polvorientos, el ropero, el póster de la Fe-

deración Anarquista Ibérica, motivo de tantas discordias... Me tiré aturdido al colchón, intenté dormir, sin éxito. Me parecía oír roncar a mis padres al lado, la respiración congestionada de mi abuela enfrente... Dentro de poco llegaría doña Carmen, caminando despacio en el pasillo por el reuma de la rodilla, apretujada entre la pared y el Dodge Coronado azul metálico que mi padre usaba los fines de semana, abriría la puerta trasera y encendería la luz de la cocina, inaugurando el día. Enseguida, mi padre se levantaría, ya enfundado en su traje negro, una de sus austeras corbatas anudada al cuello, se sentaría a la mesa y dedicaría cuarenta minutos a leer los titulares, los editoriales, las noticias de *La Razón*, tomando sorbitos de café negro. Después saldría con cuidado por la sala, y sus resueltos pasos en la vereda se disiparían por la calle todavía desierta. De nuevo, el silencio entrecortado por los ruidos indistintos de la mañana. Entonces doña Carmen entraría en el cuarto llamándome a la escuela. Yo escucharía su marcado acento tucumano y me despertaría maravillado, porque, para mí, que vivía afligido por la inminencia de la guerra nuclear y evitaba, con angustia, cerrar los ojos a la noche temiendo que aquella fuera la última de mi vida, despertar una nueva mañana era algo que lindaba con el milagro. Pero ya nada existía. Todos estaban muertos. Mi padre y mi madre enterrados en La Chacarita; mi abuela, en un geriátrico en Núñez; doña Carmen, sin duda parálitica, en un cuartucho de alguna casa humilde en Merlo... Yo, museo ambulante de los fracasos familia-

res, llevaba expuestas en el cuerpo las cicatrices de aquellas historias irreparables... En el fondo, me daba cuenta, frustrado, yo no era distinto de mi padre, de mi madre, de mi abuela, sólo quizá más arrogante... ¿Hacia dónde conducían mis huellas? No conocía la respuesta... Tenía veinticuatro años, había terminado la carrera de Sociología, me contentaba con el dinero que recibía por las clases de castellano e italiano, asistía a interminables reuniones con personas que pensaban más o menos como yo, y despreciaba a todas aquellas que no comulgaban con esos mismos ideales... Solitario, deambulaba de un lado a otro, infatigable, transportando en mi *escarabajo* azul panfletos, folletos, libros, periódicos, revistas, militantes. Me inquietaba con la ilusión de desplazarme, aunque sólo daba vueltas alrededor de mí mismo: un perro persiguiéndose la cola... Un enorme perro obeso, ¡jajajajajajaja! Así, asustado, seguí oculto hasta la madrugada del lunes, como si estuviera hundido en las aguas de un río sin fuentes ni desembocadura. Llevé los embutidos y las dos botellas de vino que encontré en la despensa al cuarto más lejano de la calle, el que mi padre había ocupado después de separarse de mi madre. Como no podía encender la radio o el televisor, apoyaba la oreja en la pared del living para auscultar las conversaciones de la vereda, sin éxito. Intenté leer, pero, desconcentrado, apenas si pasaba del primer párrafo. El teléfono sonó cuatro veces el jueves, seis el viernes, dos el sábado, ninguna el domingo. El timbre sonó el sábado a la mañana. A veces paraba un auto

en la vereda y yo empezaba a transpirar, los músculos fuera de control, imaginando que era la policía... Tenía un cuchillo enorme siempre a mano, por si necesitaba defenderme, ¡jajajajajaja! El domingo a la noche, exhausto y famélico, llené una bolsa con ropa de mi padre, que evidentemente no me entraba, reuní varios billetes que encontré dispersos por los cajones y, sin ningún plan, a la mañana siguiente me escabullí discreto por las calles ajetreadas de la ciudad, rumbo a la terminal de ómnibus. Había grupos de militares apostados en cada esquina, Buenos Aires parecía un enfermo agonizante que se revolvía atado a una cama de hospital. No recuerdo cuánto tardó el camino, pero hasta hoy, cuando me acuerdo de esa caminata, siento que me corre un sudor abundante, la boca se me seca de ansiedad. A duras penas llegué a la terminal y, sin darme cuenta, me detuve frente a la ventanilla de la empresa Pluma, que viajaba a Brasil. Mis oídos, colmados de bossa nova, habían fijado mi destino, ¡jajajajajaja! El ómnibus recién salía el martes y, asustado, me instalé en un hotel barato por ahí cerca. Asomado a la ventana, observaba el movimiento: ¿dónde estarían mis compañeros? ¿habrían caído presos? ¿resistían? ¿huyeron? Angustiado, sabía que jamás tendría el valor de volver a la Argentina, un país al que amaba, pero al que no sentía que pertenecía... Ése es mi problema, de hecho, no estoy a gusto en ningún lugar, la incomodidad parece ser la condición de mi existencia... Tal vez se debe al espacio que ocupó en el mundo ¡jajajajajaja! Al fin, cuando las luces de los

postes se encendieron, la gente volvió apurada a sus casas, fustigada por el toque de queda, las calles quedaron vacías, el silencio se precipitó sobre la noche. No dormí. Daba vueltas en la cama estrecha, incómodo, el olor de naftalina que exhalaban las sábanas, un hilito de agua que corría en algún lugar, alguien que tosía, una radio encendida, risas ahogadas... Amaneció, las luces de los postes se apagaron, la ciudad poco a poco despertaba, febril. Me levanté, me lavé la cara, me cepillé los dientes, pagué la noche, salí despacio, crucé la avenida y, simulando paciencia, esperé a que llegara el ómnibus que me llevaría a Rio de Janeiro, Copacabana, Ipanema, el Cristo Redentor, el mar, las playas, los cerros, las mujeres, ¡jajajajajajaja! Pero fue un viaje triste... Mientras el tiempo corría hacia adelante, devorando el paisaje, prados, vacas, ciudades, sembradíos, mi historia fluía hacia atrás, exhibiéndome fragmentos de una vida equivocada, inútil, falsa, vacía... Durante todo el camino di vueltas, inquieto, en el asiento estrecho, estorbándole a la señora delgada, con cara de indígena, que estaba sentada a lado mío. Catorce horas más tarde, bajé con los demás pasajeros en el puesto fronterizo de Paso de los Libres. El policía miró mis documentos, me preguntó despreocupado alguna cosa de la que ni me acuerdo, de lo tenso que estaba, y, empujándome autoritario me dijo que siguiera mi camino. Yo creo que mis cachetes rechonchos inspiran confianza, ¡jajajajajajaja! Al cruzar el puente, las aguas mansas del río Uruguay me serenaron y dormí a lo largo de los casi dos mil kiló-

metros que todavía quedaban... De ahí en adelante, la historia pierde interés. Viví seis meses en la indigencia, casi, en una pensión en la calle Senhor dos Passos, muy cerca del cruce con la calle Buenos Aires, ¡jajajajajajaja! Perdí unos diez kilos mientras esperaba a que mi tío me mandara la plata de la venta de mi escarabajo, ¡lo sigo extrañando!, y de los muebles de la casa de Villa Ortúzar. ¡Tiempos difíciles! Yo seguía viviendo semiclandestino, temiendo que en cualquier momento me detuvieran y me deportaran a la Argentina, conversaba poco y salía menos, pero de todas formas conocí a un grupo de poetas del *under* que vendían libros artesanales de mano en mano a la noche, en los bares de la ciudad, una gente muy divertida, ¡jajajajajajaja! En esa época aprendí a hablar portugués, amplié mis conocimientos de música popular, empecé a apreciar la *cachaça* y la *caipirinha*, la *feijoad*a y la *dobradinha*, y a admirar las palabras *bunda*, *sacanagem* y *bagunça*, ¡jajajajajajaja!"

La mesera tailandesa se acercó con la cuenta y anunció fatigada que cerrarían pronto. El restaurante se había hinchado y deshinchado... Marcelo había atascado dos ceniceros de restos de cigarros y se había bebido él solo la segunda botella de vino, porque yo lo había engatusado todo ese tiempo, manteniendo mi copa a la mitad. Parecía ligeramente borracho, la cara roja, la vista empañada. A finales de agosto tomé un avión a París, me dijo, acercándose la hoja a los ojos miopes, Y el resto ya lo conocés. Dividió el total

en dos, dijo cuánto le tocaba a cada quien, se levantó, golpeándose la cabeza con la lámpara roja, y caminó tambaleante hacia la caja. Mientras esperábamos el elevador, prosiguió, Volví una sola vez a Buenos Aires... Fui a resolver cuestiones burocráticas que tenían que ver con la herencia, poco después de la elección de Alfonsín... El país estaba destruido... irreconocible... Varios compañeros asesinados en las cárceles, muchos desaparecidos, algunos enloquecieron, otros acabaron aniquilados por la tortura... Marcelo salió en el séptimo piso y, al despedirse, me abrazó con emoción. Entré en mi cuarto, abrí de par en par la ventana, ávido de aire fresco, y sólo entonces me di cuenta de que, en la esquina de la calle, había un edificio en ruinas que todavía tenía marcas de los bombardeos de la última guerra...

EL GORDO

Una de las cosas malas del restaurante de don Pepe era que, cada vez que alguien abría la puerta, sonaba una campanita con un ruido irritante que, a la hora de la comida, se volvía insoportable. Yo no entendía la necesidad de aquel mecanismo, porque don Pepe cuidaba la caja parapetado atrás de la barra y, a través de una minúscula ventanita verde, le daba órdenes a una cocinera invisible, mientras Claudia, la mesera de edad indefinida, hacía desfilas su tristeza entre los clientes equilibrando charolas con carne, papas y verduras; y ésa era otra de las cosas malas, el plato del día, siempre el mismo.

Dolores es una pequeña ciudad del extremo suroeste de Uruguay, recortada en calles planas de cuadras idénticas, donde no hay casi nada que hacer. Llevaba una semana hospedado en un hotel modesto, cerca de la plaza de la iglesia y, desde la ventana de mi cuarto, al caer la tarde, observaba el paso de enormes camiones cargados de harina de trigo. Ya desde el primer día, don Pepe me había hablado, con entusiasmo, de un habitante *brasileiro*, el Gordo. Es decir, no es brasileiro, pero conoce bien Brasil, incluso habla brasileiro, y me había prometido presentármelo.

El viernes, dejando la barra, abrió de par en par la puerta con estruendo y volvió enseguida, tocando la campanita, junto con un hombre de alrededor de un metro setenta de estatura, ligeramente gordo, poco menos de cuarenta años, medio calvo, dientes amarillos por el tabaco. Éste es el brasileiro, dijo, presentándomelo altivo. Me levanté, saludándolo, y él, cohibido, explicó, No soy brasileiro, sólo conozco Brasil. Satisfecho, don Pepe nos dejó solos. Lo invité a sentarse, jaló una silla, quise que me acompañara con una cerveza, ese día ya no iba a trabajar, pero él se negó, aclarando que no tomaba bebidas alcohólicas y le pidió a Claudia una botella de Pomelo, un refresco local. ¿Conque conoce Brasil?, pregunté, para abrir la conversación y él, retraído, contestó, Sí, una vez fui en ómnibus hasta San Pablo... ¡Ya hace como cinco años...! ¡Ah, São Paulo! Yo vivo en Rio de Janeiro... ¿No ha pensado en visitar Rio? Contrariado, afirmó, los ojos bajos, No fue un viaje de turismo...

Sitiados por el ruido de los platos, tenedores, cuchillos y voces, orquestado por los gritos de don Pepe y por el tintinear de la campanita, permanecemos en silencio. Tímido, el Gordo preguntó: ¿Qué va a hacer mañana? Nada, declaré. Entonces, para librarse de aquella situación incómoda, propuso, Al mediodía paso por su hotel, ¿en qué hotel está?, vamos a hacer un asado en mi casa, le gusta la carne, ¿no? Ni se me ocurrió rechazar, por delicadeza, la invitación, de lo nervioso que estaba. Él se levantó, me estrechó la mano y se fue, haciendo sonar la campanita.

Al día siguiente, bajo el sol ardiente de principios de diciembre, me monté en el asiento trasero de la Yasuki 125 cilindros y, tras recorrer siete cuadras, el Gordo se detuvo frente a una casa sencilla, a la que desde hacía mucho le faltaba pintura, asentada sobre una acera estrecha, que permitía entrar directamente por la puerta de la sala. Empujó el portón lateral, descortinando un pequeño patio mal cuidado circundado por un muro bajo, y un perro corrió hacia nosotros dando saltos y lamiendo y olisqueando y haciéndonos fiestas, a pesar de que el Gordo lo reprendió con cariñosa dureza, ¡Basta, Tigre! ¡Basta! Después de estacionar la motocicleta a la sombra de un solitario árbol de moras, dijo, Vamos a entrar, y subió tres escalones para llegar a la cocina, donde nos topamos con una mujer delgada, de una belleza melancólica, treinta y tantos años, pelo rubio, apagados ojos castaños, que servía agua caliente en un termo. Cristina, mi señora. Le estreché la mano, todavía húmeda, y decliné mi nombre, ella sonrió apenada. El Gordo colgó el manojó de llaves en el gancho de un cuadro con el escudo azul del Nacional de Montevideo, vio la hora en el reloj de pared, encendió ávido un cigarro y gritó, ¡Julio! ¡Natalia!, aguijando a dos curiosas y asustadizas cabezas rubias que surgieron detrás de la cortina de plástico que separaba los cuartos. ¡Mis herederos!, dijo, exhibiéndolos con orgullo.

Hinchando la yerba mate, Cristina me preguntó si quería probar. Le respondí que ya conocía la bebida y que me parecía muy amarga. Entonces le pasó

el mate al Gordo, que, chupando la bombilla, elogió la inteligencia de Natalia, la mejor de su grupo, y el talento de Julio para el fútbol, Un excelente defensor, tiene garra, habilidad, visión del conjunto. Natalia preguntó cuál era mi profesión y qué hacía en Dolores, Julio mostró tener un profundo conocimiento de los equipos y jugadores brasileños. Cristina, recuperando el mate, afirmó que su marido sabía portugués y le pidió que lo hablara conmigo. Intimidado, él lo evitó, pero, como insistíamos, pronunció algunas frases en un portuñol incomprensible, provocando una carcajada en sus hijos. Al final, a él también le hizo gracia y, afectando enojo, convocó, Bueno, basta, ¡vamos a prender el fuego!

Regresamos al patio, el Tigre, excitadísimo, tronaba de un lado a otro, rodeamos la casa y nos instalamos bajo un porche improvisado, cubierto de láminas de zinc. Con esmero, el Gordo en bermudas, camisa semiabierta que dejaba ver una cadena de oro con la medalla de la Virgen de los Treinta y Tres, y huaraches, tomó un cepillo de cerdas de acero y se puso a limpiar la parrilla. Julio se acercó con unos trozos de leña, los puso en el suelo y salió corriendo para agarrar periódicos viejos. Como no sabía qué hacer, me aparté dispuesto a explorar, con una atención disimulada, cada rincón de aquel lugar, pero una música distante, que hablaba de amores perdidos, añoranza, soledad, me ensimismó de pronto... Di media vuelta, tomé una de las cuatro sillas de plástico blancas dispersas por la hierba indómita, la

arrastré hacia el Gordo y me puse a observar, con admiración, cómo instruía a su hijo sobre la mejor forma de confeccionar una mecha de papel para obtener con éxito la llama inaugural.

Entretenido, ni cuenta me di cuando un señor espigado, pelo blanco, barba agreste, grandes ojos verdes, se acercó, preguntando efusivo, ¿Le está gustando nuestra ciudad? Ah, dijo el Gordo, éste es don Carlos, el padre de Cristina. El suegro de él, completó el viejo, simpático, saludándome, ¡Mucho gusto! ¿Ya le ofrecieron algo de tomar? Molesto, el Gordo repeló, Don Carlos ni avivamos el fuego, todavía, pero él, ignorando los rezongos de su yerno, prosiguió, ¡Traje vino!, ¡vino uruguayo! Asentí y él, contento, se dirigió a la cocina. Don Carlos es buena gente, me dijo el Gordo en tono de confidencia, pero a veces se pasa un poco en el trago... se pone cargoso. Sin que nos diéramos cuenta, Cristina se acercaba con un mantel doblado de cuadros blancos y rojos, Él también tomaba bastante, dijo resentida, señalando a su marido y, extendiendo la tela sobre la mesa de madera, completó, Sólo lo dejó por el accidente.

Don Carlos regresó acompañado de Julio y de Natalia, con una botella de vino, una Pepsi-Cola y seis vasos. Ruidoso, llenó tres de tinto y tres de refresco y propuso eufórico un brindis, ¡Por la amistad de Brasil y Uruguay! Luego Cristina les dio permiso a sus hijos de ir a ver la televisión, y ellos corrieron como locos hacia el interior de la casa, seguidos escandalosamente por el Tigre. El Gordo, consultando su reloj de pulsera,

buscó aliviado un cigarro en la cajetilla, lo encendió con impaciencia y se entretuvo montando la parrilla junto a los leños que ahora se quemaban céleres, propagando un olor sabroso por la infinita tarde azul.

Entonces, indagó don Carlos, ¿De qué parte de Brasil viene? Vivo en Rio, contesté. Ah, ¡Rio de Janeiro! El Maracanã... Yo tenía catorce años cuando ganamos el Mundial... Vivía en Canelones en esa época, oímos el partido por la radio... Fue una fiesta cuando Ghiggia metió ese gol... Qué tragedia para los brasileños, ¿no? ¿Es cierto que los hinchas dejaron sus zapatos en el estadio porque no eran dignos de pisar con ellos el suelo allá afuera? Le aclaré, sin convencerlo, que aquello parecía ser una leyenda. Cristina, que ayudaba al Gordo a poner chorizo, morcilla y provolone en la parrilla, protestó, Papá, ¡qué conversación! Eso fue hace más de cincuenta años... Sí, suspiró él, y fue la última vez que hicimos algo útil, hija, la última... Después nos convertimos ¿en qué? En un país sin importancia... El Gordo, mosqueado, quiso rebatirle, pero don Carlos se anticipó, ¿Ya se dio cuenta de que somos una nación de viejos y de niños? No hay jóvenes, todos se van... Se van a España, a los Estados Unidos, al Canadá... Hasta a Australia se van... No tienen futuro aquí... Cristina, sorbiendo la bomba del mate, reaccionó, No es tan así, papá... Claro que sí... ¡La dictadura acabó con el Uruguay! En ese momento, el Gordo dijo irritado, Don Carlos, ¡ya sabe usted que en esta casa no se habla de política! El viejo, disgustado, se

tragó el resto del vino, susurró entre dientes, Sí, no se habla, y se calló.

Oíamos el crepitar de las llamas en la parrilla. Cristina cebó el mate y se lo llevó a su padre, que, lejos, de pie, miraba meditabundo el cielo sin nubes. A destiempo, cantó un gallo. Entonces pregunté, rompiendo con ansiedad el silencio, cómo se había conocido la pareja. Cristina intentó cambiar de tema, sonrojada, alegando que era una historia común y corriente. Pero ante mi insistencia contó, a grandes rasgos, que cuando cursaba el último año de licenciatura en Enfermería, en Montevideo, una amiga, Paloma, ¿te acordás?, los presentó. Al Gordo ya le decían así desde ese tiempo, aunque ahora está mucho más flaco, comentó divertida. Reconoció que no simpatizó de inmediato con su futuro marido, porque fumaba mucho y nada más hablaba de fútbol, afirmación que llevó al Gordo a reprenderla en broma, ¡Eh, eso no es cierto! Como sea, se hicieron novios sin muchas esperanzas por parte de ella, porque en cuanto obtuviera su título volvería a Dolores, donde residía su familia, su madre aún estaba viva y don Carlos tenía un pequeño negocio. Desesperado ante la perspectiva de separarse, el Gordo, que se ganaba la vida como escritor en una empresa de contabilidad, le propuso que se comprometieran. Al año siguiente, cuando ya estaba ella trabajando en el hospital de Dolores, él se puso a estudiar y pasó en la prueba del Banco República, que lo asignó primero a Minas, a trescientos cincuenta kilómetros, sitio en que permaneció un año

hasta conseguir que lo transfirieran a Fray Bentos, a una hora de distancia. Entonces se casaron, nacieron Julio y Natalia... Durante dos años y medio, el Gordo viajó los lunes temprano a Fray Bentos, regresando los viernes, cuando acababa su jornada. Hasta que sucedió el desastre...

Aburrido con la inacción de los niños, el Tigre había vuelto y esperaba, atento, a que le ofrecieran algo de comer, bocados que atrapaba en el aire y tragaba sin masticar. Durante el relato de Cristina, don Carlos desapareció, pero poco antes del final volvió con otra botella de vino, el termo renovado con agua caliente, y los puso sobre la mesa. El Gordo puso una partida de chinchulines y riñones en la parrilla y, cambiando de tema, dijo, Estoy a dieta, ya bajé casi quince kilos... Además sólo estoy fumando un cigarro por hora... Dentro de poco te van a decir el Flaco, comentó don Carlos, sardónico. Mientras comíamos trozos de vacío aderezados con chimichurri, y pan, Cristina me preguntó si sabía cuál había sido el destino de los personajes de Alma Gemela. Apurado, Julio se acercó interrumpiendo a su madre, que nos explicaba la trama de la telenovela brasileña transmitida por Teledoce, Papi, teléfono, ¡don Alcides! El Gordo se volvió hacia su suegro y le entregó agitado el tenedor, mientras Cristina irónica comentaba, Es su amante, el fútbol...

Haciendo sonar la bombilla, don Carlos le pasó el mate a su hija, y dijo, incómodo, Perdónelo, es un trauma... su padre desapareció durante la dictadura... Cristina completó, Hasta llegó a ir a Brasil, fue a San

Pablo sin éxito... Una frustración... Dos años en busca de pistas... Don Carlos subrayó, conmovido, Dicen que su madre, doña Bárbara, siguió creyendo durante mucho tiempo que cualquier día pararía un coche en la puerta de la casa, tocaría la bocina, y sería su marido de vuelta. Pero la dictadura se alargó, los vecinos se alejaron, ella tuvo que mudarse al arrabal... Doña Bárbara sólo pudo criar a su hijo sola porque era una costurera excelente, remató Cristina al tiempo que escuchábamos la voz del Gordo, ¡Problema resuelto! ¡Don Alcides consiguió la bañadera! Qué bueno, lo felicitó su mujer. ¿Por qué no invitás a nuestro amigo?, dijo don Carlos, poniendo las manos sobre mis hombros, ¡va a ser un paseo bárbaro para él!

Cohibido, el Gordo adujo que no sabía si me gustaba tanto el fútbol —moví la cabeza afirmativamente— como para querer ir a un partido de niños —me encogí de hombros para dar a entender que no me importaba, tal vez bajo el influjo del calor de la tarde, del humo oloroso de la parrilla, del cielo limpio, tal vez porque me sentía un poco aturdido. Entusiasmado, el Gordo me contó desde hacía dos años era entrenador del equipo sub-17 del Progreso, que al día siguiente viajaría a Mercedes para un partido amistoso, ¡El último del año!, contra el Racing. Cuarenta minutos en bañadera, informó, Si gusta hacernos el honor de su compañía... A partir de ese momento, la conversación fluyó cordial. Don Carlos, cada vez más a gusto, contó anécdotas graciosas de su infancia y adolescencia en Canelones, Cristina recordó los

tiempos en los que estudiaba en Montevideo, Nunca volví, constató, nostálgica, mientras el Gordo pastoreaba el fuego, examinando de cuando en cuando su reloj de pulsera. Al final, cuando el sol agonizaba por detrás de los techos, me trepé al asiento trasero de la motocicleta y el Gordo me dejó en el hotel. Me metí a mi cuarto y me eché en la cama, dispuesto a ver algo en la televisión.

Me desperté con susto al oír la alarma del despertador, la luz de la mañana cubría mi cuerpo aún cansado. Me levanté de mal humor, me di un baño breve, ni siquiera me rasuré, bebí una taza de café, mastiqué un pan tostado, crucé la plaza y a las seis y cinco estaba de pie frente a la iglesia, rodeado de voces estridentes que emanaban de rostros claveteados de espinillas. ¿Dónde está Julio?, inquirí. Pizarra táctica en mano, con una pluma y un silbato colgados del cuello, el Gordo coordinaba el tumulto, metido en el uniforme del equipo, camiseta de anchas rayas verticales verdes y rojas, separadas por finas rayas blancas, pantalones verdes. No pasa nada, respondió. Está en penitencia, se peleó con su madre, añadió molesto.

Veinte minutos más y el autobús se alejaba de Dolores por la ruta 21. Inquietos, los muchachos hablaban fuerte y se burlaban unos de los otros. Acomodado en el último asiento, para vigilar el alboroto, el Gordo me presentaba los trucos con los que su equipo enfrentaría al difícil adversario, exaltando las cualidades del Racing como para darle valor a una posible victoria o minimizar una derrota no deseada. Cuando

el paisaje al fin se fijó, desplegado en monótonos campos de trigo, los alaridos desaparecieron, remplazados por el ruido del motor del autobús.

Cebando el mate, el Gordo dijo, como si hablara consigo mismo, Sabés, aún hoy, cuando recorro este camino, siento una cosa rara. Y, volteando a verme, me explicó que aquél había sido el camino que había usado durante dos años y medio para ir y volver de Fray Bentos. Sufrí el accidente a la salida de Mercedes, dijo. Al ver mi interés, prosiguió, entre sorbos de mate. Cristina, embarazada de siete meses de Natalia, pasó el fin de semana quejándose de dolores. Volví a Fray Bentos preocupado. El miércoles, como todos los días, salí del laburo y me detuve en el boliche del Paraguayo, donde solía tomar dos, tres cervezas y charlar antes de la cena. De repente, la hija de la dueña de la pensión apareció nerviosa, habían llamado por teléfono para avisarme que fuera a Dolores, el bebé iba a nacer en cualquier momento. Entré en mi Peugeot 306, le decía el Rojo, por su color, y agarré la carretera. Me acuerdo que era una noche clara, luna llena, y yo iba a más de ciento veinte por hora al son de un casete de Los Olimareños. Las cosas estaban sucediendo como las habíamos planeado, pronto me iban a transferir a Dolores, negociábamos la compra de una casa... Me sentía feliz, pleno... De repente, algo se me cruzó, o me dio la impresión, no lo sé... Me desperté tres días después en el hospital de Mercedes... Contusión cerebral, tibia derecha fracturada, pequeños trozos de vidrio desperdigados por la

cabeza... Algunos siguen ahí... Estuve diez días internado antes de que me llevaran en ambulancia a Dolores, donde seguí veinte días más en reposo absoluto, acompañado por mi suegra, ya muy enferma, que por si fuera poco tenía que alternarse en los cuidados de su nieta recién nacida, de Julio, que era chico, y de Cristina, en cuarentena... Asustado, decidí dejar de tomar, no volví a ponerme una gota de alcohol en la boca... Al principio fue difícil, pero hoy ya no me hace falta... Las primeras casas despuntaron en el horizonte, ¡Mercedes!, exclamó, encendiendo una mecha que estalló en alaridos, gritos, aullidos, ¡Progreso!, ¡Progreso!, ¡Progreso! Programado a las nueve y media, el juego, muy reñido, terminó con la victoria del Racing dos a uno. De regreso, aunque veloz, el autobús, envuelto en una densa nube de tristeza, parecía avanzar lento, como si quisiera postergar la llegada. Con los brazos cruzados, el Gordo fingía dormir.

A la semana siguiente viajé a Montevideo. El sábado lo dediqué a conocer el Mercado del Puerto y el Museo Torres García. En la noche caminé despacio por la Rambla Mahatma Gandhi, aspirando la brisa, y cené un puchero en un restaurante de Punta Carretas, acompañado de dos copas de vino y rematado con un chajá. Pasé la mañana bochornosa del domingo pepenando regalitos entre las chácharas de la feria de Tristán Narvaja. No suelo hacer demostraciones de afecto, pero la Navidad se acercaba y quería expresarle mi gratitud al Gordo y su familia. Compré un mate y una bombilla con el escudo del Nacional

para él; un álbum de fútbol completo, del mundial de 1962, para Julio; una muñeca de porcelana, todavía en su caja, para Natalia; un camafeo para Cristina. Para mí, un ejemplar del *Don Quijote de la Mancha* publicado en Buenos Aires en 1944 por Joaquín Gil Editor, con 472 ilustraciones de Gustave Doré, una dedicatoria, “Para Martha, porque también yo soy un Quijote luchando contra molinos de viento”, y una firma ilegible, fechada el “28, abril, 1945”.

El martes fui a buscar al Gordo en la sucursal del Banco República, le di los regalos y él, emocionado, insistió en presentarme a sus compañeros. Al día siguiente, al volver del trabajo, me encontré con un recado en la recepción del hotel. Llamé, y el Gordo, tras declarar que mis regalos los habían hecho a todos muy felices, me invitó a pasar el domingo en La Concordia, a orillas del río Uruguay. Le dije que me encantaría, pero que, como me iba el lunes en la mañana, tenía que dedicar la víspera a hacer las maletas, descansar un poco...

El Gordo, con sorpresa, consultó a Cristina que estaba a su lado, ¿Y el sábado? ¿El sábado está bien? Le dije que sí y, satisfecho, quedó de recogerme a las ocho de la mañana.

Cristina salió del Astra plateado, Buenos días, dijo, bajando el asiento para que yo pudiera acomodarme en la parte de atrás comprimiendo a Natalia y a Julio, que ocupaba, victorioso, la ventana. Buenos días a todos, dije. El Gordo arrancó y soltó, burlón, ¡Che! A Cristina le gustó tanto el, ¿cómo se llama?,

¡ah!, le gustó tanto el camafeo que lo guardó para usarlo sólo en ocasiones especiales. Ella, tímida se justificó, ¡Es tan lindo! Me lo voy a poner la noche de Navidad. ¿No pasa la Navidad con nosotros? Le expliqué que ya tenía un vuelo para Rio de Janeiro y que, a decir verdad, no me importaban mucho esas festividades. Entonces, ¿no tiene familia?, indagó. ¿A quién le interesaría alguien que se la pasa viajando todo el tiempo, que no se está quieto en ningún lugar?, respondí. ¿Y no se siente solo? Miré la lengua negra de asfalto que se alargaba estrecha entre los amplios campos dorados y me di cuenta de que me había puesto meditabundo. A veces, murmuré. Y, cambiando el rumbo de la conversación, pregunté, ¿Dónde anda don Carlos? En Rivera, explicó Cristina. Mi hermana menor vive allá, mi cuñado es gerente de un hotel. Papá alterna las fiestas de fin de año entre Dolores y Rivera.

Como si sólo esperara una oportunidad, Julio recitó, con fervor, En 1962 Uruguay fue eliminado del Mundial en la primera fase. Ganamos un partido contra Colombia, pero perdimos dos, contra Yugoslavia y la Unión Soviética. Pero bueno, Yugoslavia terminó en cuarto lugar... Teníamos un equipo malo en esa época, intervino el Gordo. ¿Y a vos, Natalia, te gustó la muñeca? Antes de que la niña respondiera, su padre se entrometió, Sí te gustó, ¿verdad, Natalia?, te gustó. No le gustó, exultó su hermano. ¡Claro que sí!, insistió Cristina. Y bueno, pregunté de nuevo, ¿Te gustó, Natalia? Puedes decir la verdad... Ella, levan-

tando la cabeza, afirmó contrariada, Es vieja... Es antigua, la corregí, sonriendo. De los tiempos de tu abuela... Con los ojos muy abiertos, preguntó, ¿En serio? Lo confirmé y se le iluminó la cara. Ahora también Natalia sólo va a mostrar su regalo en las ocasiones especiales, comentó el Gordo, y todos nos reímos. ¿Ya le pusiste nombre?, sondeé. ¿Qué nombre le pondría usted?, intervino Cristina. Inmerso en la soledad del paisaje, kilómetros y kilómetros de silencio y vacío, sugerí, ¿Qué tal Luisa?, evocando a mi madre. Cristina añadió, Anita es un lindo nombre, ¿no, Natalia? ¡Anita!, susurró la niña enternecida.

Con un traje de baño negro que realzaba la blancura de su cuerpo delgado, Cristina se sentó en la toalla tendida en la playa y empezó a preparar el mate, mientras observaba a Julio y Natalia que chapoteaban en las aguas tibias del río Uruguay. Tras fumarse un cigarro, el Gordo me invitó a caminar, Es bueno para la salud. Ambos llevábamos bermudas y lentes de sol; él exhibía su barriga protuberante, su cadena de oro, yo tenía puesta una camiseta blanca de manga larga; yo con gorra, él no; ambos, descalzos. Allá del otro lado, y apuntó hacia la orilla hundida en el horizonte, está Argentina. Seguimos en silencio, enterrando los pies en la arena gruesa y caliente, cruzándonos de vez en cuando con unos cuantos turistas. De repente, el Gordo me detuvo y dijo, ¿Así que te volvés a Brasil pasado mañana? Asentí, con un movimiento de cabeza. Como si intentara aclararse la garganta, suspiró, Brasil... ¿No se te antoja volver a ir?, pregunté. Che,

¡es una larga historia! Y, tomando aire, reemprendió la marcha, absorto.

Mirá, dijo, cuando sufrí ese accidente en la carretera de Mercedes, una de las cosas que más me asustaron fue la idea de morir sin saber qué le había pasado a mi padre... Mi padre... desapareció... durante la dictadura... Era chofer de taxi y, según mi madre, no tenía nada que ver con la política... O al menos no que ella supiera... Un día, cuando yo tenía ocho años, justo la edad de Natalia, pasó por casa, yo estaba dormido, debían ser como las once de la noche, y le dijo a mi madre, nervioso, que iba a desaparecer durante algún tiempo, pero que no se preocupara, que volvería pronto. Agarró algunas mudas de ropa, le dijo que llamara a la empresa, con cualquier pretexto, y pidiera que fueran a recoger su coche, y salió apurado, a pie, exigiendo secreto en cuanto a todo aquello. Mi madre, asustada, no encontró fuerzas ni para preguntar qué pasaba. Para no llamar la atención de los vecinos, corrió la voz de que su marido se había ido a resolver un problema familiar en el interior, e intentó que la vida fluyera con normalidad. Pero pasaba las madrugadas en vela... esperando... esperando... Después de quince, veinte días, llegó la desesperación. Corrían de boca en boca, en secreto, historias terribles de personas secuestradas, torturadas y muertas, cuyos cuerpos nunca se encontraban. Entonces, abandonando sus quehaceres y conmigo en bandolera, inició una peregrinación en busca de noticias. Habló con taxistas

de todo Montevideo, visitó comisarías y cárceles, sin éxito. Nadie sabía del paradero de mi padre... Después de nueve meses, estábamos en una situación bastante delicada. Recibimos una orden de desalojo por no pagar el alquiler y, de un momento a otro, nos vimos obligados a cambiar la casa cómoda en que vivíamos en La Blanqueada, cerca del Gran Parque Central, por otra pequeña y húmeda en Casavalle.

Habíamos recorrido toda la extensión de la playa y volvíamos, flanqueando nuestras huellas, cuando el Gordo, agarrándome del brazo, preguntó, ¿Querés tomarte una cerveza? Era temprano para beber, pero mi camisa y mi gorra ya estaban empapadas de sudor, y mi piel, poco acostumbrada, ardía bajo el sol áspero. Cruzamos la calle y nos dirigimos a un boliche. Nos sentamos. El Gordo pidió una Patricia para mí y un Pomelo para sí mismo, el río sereno frente a nosotros, ralas nubes blancas deslizándose hacia el norte. El joven puso las botellas en la mesa, las abrió y llenó los vasos. ¿Y qué pasó después?, indagué, vaciando el mío de un trago. El Gordo encendió un cigarro y prosiguió, Mirá, cuando vivíamos en La Blanqueada, yo estudiaba de mañana, jugaba en la calle de tarde, veía el televisor de noche. Mi madre, con el centímetro colgado al cuello, me mostraba orgullosa a sus clientas, mujeres ricas de los alrededores que me echaban a perder con sus mimos y regalos. Durante la semana, mi padre iba a dejarme en la escuela en coche, para envidia de mis compañeros, y los domingos me llevaba a los estadios

para ver los partidos de Nacional. Los veranos pasábamos una semana en Piriápolis... Pero en Casavalle los días se escurrían siempre grises. Poco a poco nos resignábamos a nuestra condición. Yo encerrado en el cuarto, sin amigos, engordaba comiendo porquerías... Mi madre, doblada sobre la máquina de coser, enflaquecía trabajando... De un momento a otro se quedó jorobada, amarga, cascarrabias, le salieron canas. Si al principio me daba tristeza la ausencia de mi padre, poco a poco empecé a sentir rabia por el hecho de que nos hubiera abandonado en aquella casi indigencia... Crecí teniendo por única diversión formar parte de la Banda del Parque, la hinchada de Nacional. Incluso crucé el Río de la Plata en varias ocasiones para ver partidos en Buenos Aires... Cuando me hice mayor de edad, ya empleado en una oficina contable, mi madre descubrió que tenía un tremendo cáncer en el intestino que la liquidó en tres años... De pronto me vi solo, sin parientes, sin nadie... Entonces la conocí a Cristina, pasé en el concurso para trabajar en el Banco República, me fui a vivir a Minas, luego a Fray Bentos, logré que me mandaran a Dolores... En fin, todas esas cosas que ya sabés... Bueno, cuando tuve el accidente, el Gordo se detuvo interrumpido por Julio, que entró en el boliche, jadeante, Tenés que volver... mamá... Tenemos hambre... El Gordo le acarició la cabeza a su hijo y preguntó, ¿Querés tomarte un Pomelo? ¿Puede ser una Coca-Cola?, negoció Julio. El Gordo se volvió hacia el joven que estaba detrás de la barra, Sí, dele una Coca-Cola al chiquilín, por

favor. Julio se sentó cerca de la televisión y se quedó estático viendo una caricatura. Me tragué el resto de la cerveza y me preparé para levantarme, pero el Gordo, gesticulando, dijo, Tranquilo, no pasa nada, y pidió otra Patricia para mí.

Bueno, prosiguió, durante mi recuperación, acostado sin nada que hacer durante semanas, empecé a pensar en mi padre... Con el tiempo, su imagen se había vuelto borrosa... El único retrato que quedó era el que enmarcaba la pared de nuestra casa. Era de colores y mostraba a un hombre con bigote bien cuidado, gomina en el pelo castaño, ojos claros, un lunar en el lado izquierdo de la cara, metido en un traje elegante, con aire de rompecorazones de Hollywood... Pero era una figura sin voz, sin movimiento, sin alma, como un antepasado remoto... Mi madre se negaba a hablar de él... Yo acataba indiferente mi orfandad... Pero, en aquellas horas difíciles de reposo obligado, me molestaba una idea fija... ¿Y si me hubiera muerto en ese accidente? Nunca me perdonaría no haber, al menos, intentado encontrarlo. Empezaba a cambiar de opinión... Debía haber ocurrido algo muy serio... Un hombre no deja así, de la nada, desamparados a un hijo y una mujer... Y yo, en el fondo, quería que estuviera vivo para poder abrazarlo, hablar con él, contarle de sus nietos... Estaba dispuesto a perdonarlo, a olvidarlo todo, si fuera necesario... En cuanto mejoré, me fui a Tacuarembó, donde nació mi padre, y, especulando con uno y con otro, es una ciudad pequeña, descubrí a dos tíos, que me recibieron desconfiados y

me relataron, con resentimiento, que su hermano se había escapado cuando era adolescente a Montevideo y no habían vuelto a saber de él... De hecho, aunque no mostraran ninguna simpatía, les sorprendió saber de mi existencia. En Montevideo hablé con nuestros antiguos vecinos de La Blanqueada, charlé con viejos taxistas, investigué en los archivos de la jefatura de policía, sin encontrar ninguna pista. Gradualmente, los recuerdos recabados esbozaban un dibujo más nítido de mi padre... Todos enfatizaban lo buen mozo que era y su buen gusto, su ropa impecable, su alegría, su conversación seductora... Un día, por casualidad, vi en la tele a un extupamaro, Pedro Guardini, ahora diputado, que recordaba su paso por San Pablo durante el exilio, y no sé por qué presentí que mi padre podría haber escapado hacia allá también. Llamé a la producción del programa, les expliqué mi dilema, me aseguraron que me pondrían en contacto con él. Natalia se detuvo frente a nosotros, Papá, ¡mamá está enojada!, y viendo la botella de gaseosa vacía que Julio tenía enfrente, se quejó, Yo también quiero. El Gordo, volviéndose hacia el joven que estaba detrás de la barra, dijo, Sí, dele una Coca-Cola a la señorita, por favor. Cuando dije su nombre, indiqué sus características físicas y las circunstancias de su desaparición, prosiguió, Guardini confesó que no había conocido a nadie así, ni durante su militancia en Uruguay ni en la época en que se refugió en Brasil. Pero me prometió que me pasaría el número de teléfono de una persona que, radicada en San Pablo, había sido una especie de eslabón entre los expatriados.

Marchamos bajo el sol del mediodía, las plantas de los pies quemándose en la arena. Y esa persona... en São Paulo... ¿sabía algo?, pregunté. El Gordo, tras consultar su reloj, buscar la cajetilla en la bolsa de sus bermudas y encender ávido un cigarro, respondió, Más o menos... Este señor, don Álvaro Antonio Pardo, se acordó de que había conocido a mi padre unos veinte años antes, pero luego lo perdió de vista. Y no obstante, pillándose de su organización, mencionó que debía haber registrado sus datos en aquella época y me pidió que lo buscara dos días después. Lo llamé y él dijo que no había encontrado nada todavía, pidió una semana más, otra, un mes... Bueno, constaté que don Álvaro me engrupía... Así que, sin pensarlo, decidí viajar al Brasil. Tomé un ómnibus, cuatro horas y media hasta Montevideo, y desde allí treinta más hasta San Pablo... Llegué, me quedé en un hotelito muy malo cerca de la terminal, y llamé a don Álvaro. Él, asombrado, argumentó que era imposible que nos reuniéramos ese día, porque trabajaba como impresor hasta tarde en el taller de un periódico, pero me invitó a comer en su casa. Tras exponerme su pasado (infancia pobre en Montevideo, trabajo en una imprenta, afiliación al Partido Comunista, destierro, matrimonio, hijos, separación, desencanto con la política), me explicó que le habían presentado a mi padre, ya no recordaba en qué circunstancias, y que había registrado su dirección, como hacía con todos sus compatriotas, para mantenerlos unidos. Con el fin de la dictadura, muchos se volvieron a Uruguay, otros

se abrasileraron, la comunidad se dispersó... Después del café, trajo un cuaderno de tapa dura negra, polvoriento, lo puso en la mesa y, humedeciéndose con saliva las puntas de los dedos, hojeó despacio las páginas amarillentas y quebradizas hasta identificar el nombre de mi padre. El teléfono de nada sirve, advirtió, todos los números cambiaron. Agradecí y tomé ansioso un taxi rumbo a la dirección anotada, pero constaté, hablando con los vecinos más antiguos, que se había mudado hacía muchos años sin dejar rastro. El Gordo suspiró, alicaído, y concluyó, El regreso fue difícil... Natalia se acercó, anunciando que su madre estaba en el coche, enojada. Bueno, che, dijo, Me hice a la idea de que no iba a verlo nunca más... Renuncié a aquella obsesión... Me sosegué... Por lo menos lo intentaste, dije, esforzándome por consolarlo. Sí, murmuró, escéptico, dirigiéndose al Astra, preparado para enfrentar la ira de Cristina.

Les pregunté a Julio y a Natalia dónde íbamos a comer, ellos eligieron un local que estaba en la plaza. Ordenamos *chivitos y gaseosas* y nos sentamos en una banca, bajo de los árboles. Embadurnados de mayonesa, observamos a Cristina acercarse, lentes de sol, nariz roja, el Gordo, desconcertado, seguía sus pasos. Ella se enojó con sus hijos porque me habían dejado pagar los sándwiches, pero se contentó cuando le expliqué que yo los había invitado y encargó una milanesa al pan. El Gordo pidió una empanada y un Pomelo. El regreso a Dolores transcurrió en silencio. Julio enfurruñado porque lo habían obligado a cederle esta vez la ven-

tana a Natalia; Cristina al volante, respondiendo con chasquidos de lengua las embestidas de su marido. Al entrar en la ciudad, se estacionó frente a una heladería, le dijo al Gordo que se bajara y les comprara helados a los niños, ella quería irse a su casa, Dolor de cabeza, se disculpó. Salió del Astra, ¿Ya no nos vemos, verdad? Me abrazó fuerte, se metió en el coche, arrancó. Apenado, el marido la justificó, Tiene jaqueca... Bueno, yo también me voy yendo, un montón de asuntos que resolver, anuncié. Julio se despidió con un gesto, Natalia me echó los brazos al cuello. El Gordo me acompañó a la esquina, me estrechó la mano derecha. ¡Hasta que volvamos a encontrarnos!, dijo, Hasta que volvamos a encontrarnos, repetí, y caminé sin volver la vista atrás.

Exhausto, me dormí arrullado por el runrún del aire acondicionado. En la noche deambulé por las calles inmersas en el bochorno, esquivando las sillas desplegadas en las banquetas, mates que animaban conversaciones y abrían senderos en la sombra de los árboles. Sin darme cuenta, me encontré en la orilla desierta del río San Salvador, en la zona del puerto. Caminé hacia una luz que, alargándose por una puerta estrecha, bañaba un fragmento del asfalto. Entré, suspendiendo la animada discusión sobre fútbol que mantenían dos clientes, uno, bajito y barrigón, el otro, alto y delgado, que bebían cerveza de pie, junto a la barra. Los saludé, les pregunté si todavía había algo de comer, el dueño del boliche dijo que podría conseguirme una hamburguesa. Pedí una botella de Norte-

ña y, sudando, me senté en una silla enmarcada por una minúscula ventana.

Al día siguiente me desperté hacia las once. Me levanté sin prisa, me rasuré oyendo música vieja en Radio Skorpio, me di un largo baño y me puse ropa ligera para aguantar el calor tórrido. Recorrí las tres cuadras que separan el hotel del restaurante, abrí la puerta haciendo sonar la campanita y me quedé allí encerrado para evitar el desorden y la confusión de las comidas familiares de domingo. Comí tapa de cuadril, papas soufflé, lechuga y jitomate, y degusté dos copas de un vino que me recomendó don Pepe, que se mostraba triste por mi partida, igual que Claudia, que desapareció cuando la busqué para despedirme. Pasé el resto de la tarde acomodando el equipaje, con la televisión sintonizada en un programa argentino. A las siete y media sonó el teléfono. El Gordo dijo que estaba en recepción para dejar un regalo que a Cristina se le había olvidado darme, pero que, si no era una molestia, le gustaría entregármelo en persona. Le dije que subiera, me puse una playera y esperé. Él apareció jadeante, con el paquete en la mano izquierda, Che, ¿cómo andás? Lo hice pasar, le dije que se pusiera cómodo, me dio el paquete, *Alfajores* caseros, los hace una conocida de Cristina, lo puse sobre el buró. Tras examinar la habitación, comentó, Bonita, la vista desde aquí, aunque estábamos en el primer piso, desde donde se veían sólo las casas de las cuadras adyacentes y la torre de la iglesia.

Sentí que había algo raro cuando, sin consultar el reloj, el Gordo buscó en el bolsillo de su camisa la cajetilla de cigarros, sacó uno y lo prendió. Le ofrecí un cenicero, apagué el aire acondicionado y abrí la ventana de par en par. Sólo entonces vi las nubes cargadas, heridas por relámpagos que, atizando truenos, pregonaban una tempestad. Inquieto, el Gordo lamentó, Qué lástima, todo tan rápido... Cerré el candado y arrastré la maleta hacia un rincón. ¿Salís temprano? A las cinco de la mañana, contesté. Mirá vos... Bueno... yo... Movía las manos con nerviosismo. Después de lanzar la colilla a la acera, declaró, Bueno, creo que ya me voy... Le pregunté, ¿Pasó algo? Él, titubeando, dijo, No... No pasa nada... Como no me convencía, pregunté de nuevo, ¿Está todo bien? El Gordo, clavando los ojos en la pantalla de la televisión apagada, donde se reflejaban los resplandores que iluminaban el cielo oscuro, declaró, con angustia, Es que... tal vez... necesito... creo ... necesito... decirte una cosa... La historia... la historia que te conté... sobre mi padre... es decir... esa historia... esa historia que cuento... que es la que todo el mundo conoce... Es que no... no sucedió exactamente así... Encontré... lo encontré a mi padre en San Pablo... ¿Lo encontraste?, inquirí, sorprendido. Pero nunca... nunca se lo dije a nadie... Ni a Cristina.... ¿Y por qué?, cuestioné. Él, encendiendo otro cigarrillo, añadió, perturbado: Mi padre... él... era... es... si es que está vivo... no sé... un gran... pelotudo de mierda... Por eso... nunca conté la historia... la historia verdadera... Pero eso sigue aquí... removiéndome... por dentro... lastimán-

dome... Me da miedo tener un ataque... Morirme... sin ver a mis hijos formados... Nunca me lo perdonaría... Tengo que contarlo... contárselo a alguien... Quisiera olvidar... quisiera que nunca hubiera existido... pero no... no hay manera... No puedo dormir... Tomo medicamentos... calmantes... no me hacen nada... Me despierto en las madrugadas... transpirando... con el corazón desacompasado... Me da miedo revelarlo durante el sueño... Que Cristina lo oiga... los niños... No quiero que se enteren... tal vez... tal vez si lo cuento... si se lo cuento a alguien... Me acomodé en el sillón y afirmé, Puedes confiar en mí... El Gordo, arrastrando las piernas repentinamente pesadas, un cigarro tras otro, empezó a hablar, mientras el viento inundaba el cuarto con el olor ancestral de la tierra mojada.

“Estaba tomándome la tercera cerveza cuando la hija de la dueña de la pensión en Fray Bentos llegó avisando que habían llamado por teléfono de Dolores, Cristina estaba internada, el bebé iba a nacer en cualquier momento. Brindé con los compañeros del boliche, me subí al Rojo y salí apurado. Conocía bien el camino y por eso me parecía seguro acelerar a más de ciento veinte por hora. De pronto, justo después de pasar por Mercedes, me asustó algo que cruzó la carretera, perdí el control y, en cuestión de segundos, el coche patinó y se volcó... Un silencio enorme cayó sobre todo... Abrí los ojos y no vi nada... me temblaban los músculos, sin control... Se suspendió el tiempo y no me acuerdo de cuánto duró aquella angustia... Las cosas fueron asentándose de a poco... Se reanudaron

los ruidos que infestaban el campo, el canto de los grillos, el croar de los sapos, el trinar de pájaros, perros ladrando a lo lejos... La luz de la luna alumbraba la noche... Titilaban las estrellas en el cielo... Estaba atrapado entre los fierros, con la cabeza hacia abajo... Me pasé la mano por la ropa empapada, no sabía si de sangre o de barro... La cara herida, la pierna rota, la cabeza palpitando... Me vi niño mimado, dando vueltas en triciclo por el patio de nuestra casa en La Blanqueada, los botines que me regalaron cuando cumplí siete años, los partidos en el Parque Central y en el Centenario, los paseos por La Rambla, los helados del domingo en Pocitos, los aviones en el aeropuerto de Carrasco, mis amigos Juanito, Tano, Lucho... Mis compañeros del Grupo Escolar Felipe Sanguinetti... Mi primera pasión, Chela... Las vacaciones en Piriápolis... Después los días de angustia... Mi padre desaparecido, los vecinos suspicaces, el desprecio de mis compañeros, la mudanza a Casavalle... Las tardes de tristeza metido en el cuarto... Mi madre doblada sobre la máquina de coser, poniéndose canosa... su flaqueza... sus dolores... sus internaciones... sus cirugías... las sesiones de quimioterapia... El pañuelo en la cabeza, puro hueso y amargura... El olor a enfermedad impregnando la casa... Nuestra soledad... Su muerte, casi nadie en el velorio... Caía una llovizna sobre las tumbas del Cementerio del Norte... Yo en la hinchada de Nacional... Mi encuentro con Cristina... Ella en Dolores... Yo en Montevideo... pasando las noches en vela para pasar en la prueba del banco... En Minas ha-

blábamos por teléfono casi todos los miércoles y sábados... En la boda, la iglesia llena de parientes de ella, ninguno mío... Ir y venir de Fray Bentos... El Cansancio... Las dificultades... Vivir en la casa de mis suegros... El embarazo... El nacimiento de Julio... Otro embarazo... Todo tan rápido... Trabajaba, comía, tomaba, fumaba, siempre corriendo de un lado a otro... Todo tan sin sentido... Y ahora que vislumbraba el fin, mi padre reaparecía... No había vuelto a pensar en él, desde el sepelio de mi madre, cuando ansié, por última vez, que apareciera. Me di cuenta de lo injusto que quizá estaba siendo, comprendí que sólo un motivo muy grave llevaría a un hombre a alejarse de su familia, y como me sentía incapaz de un gesto noble, condenaba su actitud debido a mi cobardía, cuando lo que había que hacer era juzgarlo a partir del valor de perseguir un ideal, renunciando a su propia felicidad... No sé si todo eso se me pasó por la cabeza en aquel momento o si lo elaboré más tarde... Recuerdo que, antes de desmayarme, tomé una decisión: si sobrevivía, trataría de encontrarlo, costara lo que costara. Me desperté tres días después en el hospital de Mercedes, contusión cerebral, tibia derecha fracturada, trozos de vidrio incrustados en la cara y el cuero cabelludo... Fueron pasando seis meses, entre reposo y fisioterapia, y otros seis de readaptación al trabajo, hasta que pude empezar la búsqueda. En Tacuarembó, mis dos tíos me recibieron desconfiados y dijeron, con indignación, que mi padre se había ido cuando era adolescente y no había vuelto a dar noticias, enfer-

mando a mi abuela de disgusto. Fracasaron todos los esfuerzos por contactarlo, parecía evitar a sus parientes, nunca supieron el motivo. Despreciaban a su hermano menor, un tipo cautivador, pero poco interesado en las personas. Pronunciar su nombre allí era meter el dedo en la llaga... En Montevideo hablé con antiguos vecinos de La Blanqueada y con viejos taxistas y todos enfatizaban lo buen mozo que era, ojos verdes según unos, de miel según otros, pelo castaño engominado, bigote bien cuidado, un lunar en el lado izquierdo de la cara... Trajes, corbatas y zapatos impecables, impresionaba a las mujeres con su elegancia, las seducía con su encanto... Un rompecorazones siempre dispuesto a meterse en una aventura amorosa, comentaban sus compañeros con cinismo... Mi madre, recordaban las vecinas, no aceptaba como verdaderas las historias escandalosas que circulaban a la sordina, entre otras cosas porque su marido la tapaba de perfumes caros, que le encantaban, y la trataba con cariño y devoción... Nadie entendía cómo se había metido en la política... Nadie lo creía, de hecho... Sólo yo... Yo tenía la esperanza de encontrarlo, aunque tenía consciencia de que su nombre no constaba en las listas de ex presos, exiliados, muertos o desaparecidos. Y, aunque Cristina y mi suegro consideraban que era una tontería seguir con la investigación, aunque mi jefe en el banco se quejaba de mi distracción en el trabajo, aunque mis amigos me advertían que mi padre podía haber sido asesinado y su cuerpo arrojado al mar o a una fosa común, yo, de todas ma-

neras, tenía la esperanza de encontrarlo... Pero después de más de un año sin novedades, empezaba a flaquear... Frustrado, caminaba cabizbajo, ya listo para admitir el revés, cuando, un sábado, bien entrada la noche, vi por casualidad en la tele la entrevista en que Pedro Guardini evocaba la época en que había estado desterrado en Brasil... No sé por qué sentí que mi padre podría haberse refugiado allá también, cosa que confirmé mediante una llamada a don Álvaro Antonio Prado. Admitiendo que lo había conocido hacía unos veinte años y orgulloso de su organización, él se ofreció, solícito, a buscar entre las cosas que tenía guardadas, las notas que había hecho en esa época. Pero, sin que quedara claro por qué, se puso luego a desalentarme, enredándose en hilachas de excusas. Después de más de un mes de evasivas, me dirigí agitado a San Pablo, un día y medio metido en un ómnibus... Don Álvaro me recibió para comer y, apocado, me mostró el nombre de mi padre en un cuaderno polvoso de tapa dura negra... junto al nombre de una mujer... Él, turbado, me dijo que, luego de mi primera llamada, se acordó de que, cuando le presentaron a mi padre, estaba casado con una brasilera, cosa de la que, dedujo, yo no estaba enterado... Sentí al instante un mareo, me tembló la mirada, me falló el corazón... Aturdido, garabateé la dirección en una hoja, le di las gracias y me tomé un taxi. A lo largo del camino que va del barrio Casa Verde, donde estaba el departamento de don Álvaro, a aquel sitio, llamado Jardín San Jorge, me atormentaba a mí mismo. ¿Conque mi

padre tenía otra familia? ¡Hijo de puta! ¿Cómo fue capaz de abandonarnos a mi madre y a mí en una situación financiera precaria, en un momento político complicado, para escaparse a Brasil, quién sabe por qué? Sepultó el pasado sin remordimientos, como si nunca hubiéramos existido... Ahora entendía la rabia de mis tíos, el silencio de mi madre, empezaba a sentirme como un imbécil, preocupado por una persona que no se merecía ninguna estima. Pensé en volver al hotel, recoger mi maleta y volver a Dolores... Cristina tenía razón, aquello se había convertido en una obsesión estúpida... Cuando me di cuenta, ya estábamos estacionándonos frente al número 245 de la calle Giacomino Garrini... Los años pasan, pero estas cosas se le quedan a uno grabadas en la memoria... Una casa sencilla, pero amplia, paredes pintadas de verde oscuro, construida en lo alto de un barranco, rodeada de rejas... Pagué el viaje, me bajé, toqué el timbre. Muchas y muchas veces, sin que contestaran. Tanto insistí que la vecina de la izquierda se asomó a la ventana, curiosa y desconfiada. La saludé y pregunté si aquella era la casa de... y dije el nombre de mi padre... Con problemas para comunicarnos, la mujer me explicó que allí vivía doña Valentina, viuda o separada, con dos hijos. Un escalofrío me recorrió la espina, imaginé a mi padre muerto y me culpé por haberlo odiado... Dijo que en diez años nunca había sabido nada del marido de su vecina y me preguntó si era pariente suyo. Me atraganté, dije que sí, un pariente lejano... Tomé aire, indagué cómo podía encontrar a doña Va-

lentina, y la mujer me contó que regresaba hacia las siete, y que su hija, Selma, estudiaba de noche y se iba directo del trabajo a la universidad, cursaba Administración de empresas, y que el muchacho viajaba bastante, era corredor... Le pedí que me repitiera el nombre de este último, pues no podía creer lo que había oído... y realmente era mi nombre... ¿Debía sentirme feliz por descubrir que tenía hermanos? Lo que me pasaba por la cabeza eran los años de soledad y desaliento que habíamos vivido mi madre y yo mientras doña Valentina y sus hijos gozaban del cuidado y del cariño de mi padre... Al mismo tiempo, no podía culparlos, porque tal vez ni sospechaban de nuestra existencia... Pero su ignorancia no aminoraba la sensación de que me había visto privado de mi padre a la edad en que más necesitaba su aprecio... Además, era como si me hubiera matado al ponerle mi nombre a otro, sustituyéndome en su afecto... Y así me reconocía, un muerto vivo... Rumbo a un bar, seis cuadras adelante, con el vapor caliente del asfalto subiéndome por las piernas, me vi por primera vez al borde de romper el compromiso de no volver a beber. Entré, sudado, deseando una cerveza, pero me resistí y, dirigiéndome al muchacho que acomodaba las cosas detrás de la barra, pedí una Coca-Cola. Me senté en una mesa de plástico roja, muy cerca de la vereda, las ideas revueltas por el ruido del ventilador del techo, el ruido fuerte de la música, el estrépito de la avenida... Durante unas dos horas, cuatro refrescos y tres paquetes de papas fritas, me distraje observando el lerdo movi-

miento de la tarde. A medida que bajaba el sol, los ómnibus surgían cada vez más llenos, vertiendo rostros fatigados que se dispersaban alrededor. Empezaba a extrañar inmensamente a Cristina, a los niños, Dolores... Ya no estaba seguro de querer ver a doña Valentina... Incluso me levanté para irme, pero me contuve... ¡Tenía que aclarar aquella historia! Angustiado, me recosté en un poste, cerca de la casa, fumando y consultando el reloj a cada instante. A las siete y veinte, un coche negro ya medio viejo se detuvo transversalmente en la calle, una mujer al volante, de unos cincuenta años. Respiré hondo y, acercándome, dije su nombre y mencioné el mío. Horrorizada, metió rápido el coche en la cochera y cerró el portón eléctrico. Me quedé paralizado, temblando, sin saber qué hacer... No recuerdo cuánto tiempo transcurrió, ¿diez minutos? ¿veinte?, hasta que la vislumbré en lo alto de la escalera, la luz débil del porche a su espalda me impedía ver su rostro. Agresiva, me preguntó en español quién era y qué pretendía. El diálogo que se estableció a partir de entonces sigue siendo para mí confuso, incierto, irreal. Recuerdo su silueta delgada, los brazos cruzados, su voz flotando en la noche, el olor sofocante a nafta quemada combinado con el perfume dulce de las flores que se disputaban con la hierba el menguado espacio de un jardín salvaje, mi hambre, mi sed. Entonces, sin pausas, le conté que mi padre, antes de refugiarse en San Pablo, estaba casado en Uruguay, y revelé que era su hijo, hablé de mi accidente, de mis intentos para encontrar noticias, relaté

la conversación con Pedro Guardini y la reunión con don Álvaro, mi asombro al descubrir que había formado una nueva familia, mi sorpresa al oír que le había puesto mi nombre al hijo que tuvo con ella, mi miedo de que, pese a todo, fuera demasiado tarde. Recuerdo que ella comentó, burlándose, la hipótesis de que había sido perseguido por la dictadura militar, Lo único que le interesa es él mismo, y confirmó que sí, que sus dos hijos eran mis medios hermanos; sí, mi padre estaba vivo; sí, ella sabía dónde estaba; no, él nunca le había hablado de su pasado en Uruguay; no, a ella no le sorprendía nada todo aquello; y me explicó que, aunque no lo veía desde hacía más de quince años, todos los meses depositaba en la cuenta de su ex marido un salario mínimo con la condición de que él no los fuera a ver nunca. Y lo tachó de egocéntrico, alcohólico, interesado, mujeriego, violento, mala persona, prepotente, arrogante. Al final me aconsejó que, como yo parecía ser una buena persona, sería mejor que abandonara la idea de reencontrarlo. Contesté, resignado, que no podía hacer eso. Ella insistió en que renunciara a la búsqueda, anticipaba mi decepción, pero como yo no cedía, me ofreció, con una mezcla de pena y desprecio, darme la dirección de mi padre si le aseguraba que olvidaría su existencia, la existencia de aquella casa e incluso la existencia de esa visita. Argumenté que el intercambio no era justo, quería al menos conocer a mis medios hermanos, pero ella, impasible, retrucó que no había lugar para la negociación y, volviéndose de espaldas, desapareció por la puerta

del *living*. Me quedé inmóvil, bajo la luz del poste, el suelo cubierto de colillas de cigarro, sin saber qué actitud adoptar. Ella reapareció a los pocos minutos, se apostó en el mismo lugar y me preguntó qué había decidido. Anticipando mi respuesta, advirtió, con calma, pero en tono de amenaza, que si insistía en volver allí o me atrevía a contactar a sus hijos, tomaría medidas, e insinuó que conocía gente importante que podría ponerme en una situación bastante complicada. Observé que, como era poco probable que volviera a Brasil, porque el destino me había atado a Dolores, y Cristina, Julio y Natalia eran lo poco y todo lo que tenía, y como tal vez era cierto que sería absurdo aparecerme frente a sus hijos sólo para decir, Yo soy su hermano, revelando la oscura naturaleza de nuestro padre, un hombre que, si doña Valentina estaba en lo cierto, no era el tipo de persona a la que les enorgullecería saberse atados por estrechos lazos de sangre, considerando todo eso, y además que, de cualquier manera, nunca sería bienvenido en ese lugar, concluí que debía aceptar el acuerdo. Entonces ella bajó algunos escalones y, antes de pasarme la dirección entre las rejas, me advirtió que, si me descubría rondando por los alrededores, llamaría a la policía, avisándome de nuevo que, de ser necesario, disponía de los medios para desgraciarme para siempre. Revisé el papel y, sin despedirme, me arrasqué perturbado hasta la parada del ómnibus. La mañana me encontró vestido con la ropa del día anterior, la lengua espesa de sarro de cigarro, profundas ojeras, el

cuerpo adolorido, la razón trastornada. El taxi hizo frente a un descomunal embotellamiento hasta llegar a la calle cuyo nombre borré de mi mente, sólo recuerdo la plaquita con el número 46 clavada en la pared azul descolorida, extraviada en un barrio de construcciones humildes sitiadas por edificios altos que se alzaban a lo lejos, y donde irrumpían aeronaves volando tan bajo que era posible ver el nombre de la compañía en el fuselaje. Toqué el timbre y abrió una simpática señora de pelo blanco recogido en un rodete, vestido negro de manga larga. Con mucho esfuerzo, le expliqué que buscaba a mi padre, y ella dijo, sorprendida, por lo poco que pude comprender, que nunca se había imaginado que don Martins, así lo llamaba, tuviera un hijo de mi edad, por si fuera poco extranjero. Y, encarándome con reproche, preguntó por qué no lo había buscado antes y, rodeándome con intimidad, comentó que él no andaba nada bien de salud. Articulando las palabras despacio, mezclando el español y el portugués, y con muchos gestos, traté de aclararle que no éramos nosotros los que lo habíamos abandonado, era él el que había dejado a su familia, pero desistí. La mujer no me entendía y para mí era imposible comprender casi todo lo que ella decía. Me dejó sentado en un sofá cubierto con una funda de tela estampada con flores enormes y se retiró. El volumen fuerte de la radio, sintonizada en un programa religioso, sucumbía a cada rato bajo el estrépito ensordecedor de los aviones en maniobras de aterrizaje. Después de algunos minutos, en los que mis ojos re-

corrieron el vidrio sucio de la ventana y el agitado camino de unas hormigas pequeñas, regresó con una taza de café aguado, un frasco de azúcar y una canasta de galletas en una bandeja cubierta con una carpetita de plástico blanco. Quise decir que había comido en el hotel, pero ella, ignorándome, se puso a charlotear sin que yo pudiera adivinar sobre qué. Sólo se calló cuando se agotaron el café y las galletas. Entonces, tomándome del brazo, me guió hacia el interior de la casa, exhibiendo satisfecha un largo corredor, a la derecha tres puertas cerradas, tal vez cuartos, que terminaba en una amplia cocina inacabada. La planta, larga, parecía edificada sin ninguna planificación, oscura y sofocante, manchas negras de humedad en las paredes y en el techo. Volvimos al *living*, salimos a la vereda, le dimos la vuelta a la casa y nos metimos, a través de un portón de acero pintado con minio, picaporte que cerraba únicamente por afuera, en un callejón que se ensanchaba en un patio de cemento; al fondo, una construcción con cinco cuartos individuales y un baño colectivo. La mujer se detuvo frente a la puerta del centro y empezó a pegarle con violencia, ¡Don Martins! ¡Abra, don Martins!, quejándose de que mi padre solía despertarse tarde y de que se estaba quedando sordo y para colmo tenían el relajo infernal del aeropuerto ahí cerca, ¡Don Martins! ¡Abra, don Martins! Oímos ruidos, maldiciones, y un hombre esquelético, piel reseca, medio calvo, dientes destruidos, pantalón y camisa gastados, apareció, parpadeando ante la luz, el famoso lunar al lado iz-

quierdo ilustrando su cara arrugada. Finalmente estaba delante de mi padre, y lo encontraba más bajo que la imagen idealizada que me había hecho de él, y no tan viejo como lo imaginaba. La mujer, dándome una palmada en el hombro, dijo algo como, Este joven es su hijo, don Martins, y nos dejó solos. Sin demostrar asombro, él dijo que necesitaba mear y salió cojeando, descalzo. Yo, que había esperado tanto ese momento, observé su cuerpo maltratado y no sentí nada, ni alegría por haberlo encontrado ni tristeza por su miseria. Mis brazos no trataron de ampararlo, no se me envenenó de odio el corazón. Apático, entré en el aposento, el único cuarto que no tenía ventilación, rancio de moho, con tufo de alcohol, hedor de mal tabaco y una peste a sudor que lo impregnaba todo: la sábana de la cama de una plaza, la funda y la frazada sebosas; la jarra sucia; el vaso empañado; la botella de cachaça por la mitad; otras, vacías, alineadas en un rincón; la mesita de luz con una vela equilibrándose en la caja de fósforos; la mesa minúscula con un termo inmundado, la taza de cerámica percutida y el cenicero atiborrado; la silla con el respaldo roto; el par de sandalias y el par de championes, ambos deshechos; la caja de cartón desvencijada que hacía las veces de ropero; el techo decorado con vastas telarañas; el suelo de cemento bruto cubierto con una densa capa de polvo. Mi padre volvió, con el cigarro prendido entre los dedos. Dije, Vine de Dolores sólo para verlo. Él gruñó que no conocía a nadie en Dolores. Me casé con una muchacha de allá, tiene usted un par de nietos. Él

tomó un vaso, lo olió, sirvió agua de la jarra y se la tragó. Pasó la mano convulsa sobre la superficie de la mesa, empujando fósforos usados y migajas de pan al piso, y me preguntó a qué me dedicaba. Le contesté que era bancario, me preguntó si me pagaban bien. Le informé cuál era mi salario, él me preguntó a cuánto equivalía en dólares. Me reí, lamentándolo, se podría en un antro repulsivo y pensaba en dólares... Me preguntó si mi mujer también trabajaba y cuánto ganaba. Se sentó en la cama, me ofreció, pero la rechacé, la silla rota, y me preguntó por mi madre. Tuve ganas de gritarle, ¡Sorete!, ¡se murió hace quince años, por tu culpa!, pero le dije que tenía una salud de hierro. Molesto, se quejó de que él, en cambio, sufría dolores terribles en las piernas, en el estómago y en la espalda, y los médicos no identificaban la causa, pero él intuía, por los síntomas, que era algo bastante serio. Me pidió un cigarro, lo encendió, pitó con placer y afirmó que su sueño era morir en Uruguay. Tomó la botella de cachaça, vertió mucha en el vaso, lo vació y se puso a decir ironías sobre Brasil, ese país de putas y maricones, donde todo mundo le robaba sus cosas, y relató cinco o seis asaltos sin importancia de los que había sido víctima. Concluyó que, como yo tenía la vida resuelta, debía llevarlo a Montevideo, porque con toda seguridad a mi madre no le importaría cuidarlo el poco tiempo que le quedaba. Me dio asco ese pelotudo de mierda, pero, aguantándome, caminé hacia la puerta, le dije que no se preocupara, que me lo llevaría para Uruguay. Por primera vez, mi padre me miró

y había un brillo opaco en sus ojos, que, me di cuenta, eran de miel. Le expliqué que, antes tenía que resolver detalles del viaje, pero que me esperara, que pronto regresaría por él. Me preguntó si podía adelantarle algo de dinero para cerrar cuentas pendientes, el alquiler del cuarto, la pensión donde comía, un préstamo para comprar medicamentos... Abrí la billetera, saqué algunos billetes y los puse sobre la mesita de luz. Me ordenó, entonces, que le dejara también la cajetilla de cigarros. Salí rápido, golpeé el portón, aspiré con fuerza el aire contaminado de la mañana y deambulé hasta toparme con un taxi. No volví a saber de él."

El Gordo calló, sobrevino el silencio. Los truenos retumbaban más cerca ahora y el viento desorganizaba la noche. En un cuarto vecino, alguien veía la televisión. De repente oí un eco de pasos escalera abajo. Me asomé por la ventana, la motocicleta se embreñó en la oscuridad.

Al día siguiente, el chofer que me llevó a Montevideo me habló de los estragos provocados por la tempestad aquella madrugada.

ÍNDICE

AGUA ESTANCADA
7

COMER SUSHI EN BEIRUT
27

EL GORDO
49

LUIZ RUFFATO

(Cataguases, Brasil, 1961)

Uno de los narradores brasileños más importantes del presente. Nacido en una familia obrera de emigrantes italianos, siendo joven trabajó como mecánico mientras estudiaba la carrera de periodismo. Autor de cuentos, ensayos y poemas, ha destacado especialmente por sus novelas, entre las que se cuentan *Ellos eran muchos caballos* (2001), *De mí ya ni te acuerdas* (2007), *Estuve en Lisboa y me acordé de ti* (2009), y las cinco que componen la serie *Infierno provisorio* (2005-2011), todas ellas traducidas al castellano y otros idiomas. Entre sus reconocimientos se cuentan el **Premio Machado de Assis**, el **Trofeo APCA** y el **Premio Jabutí**, los tres más importantes de Brasil, así como dos ediciones del **Premio Casa de las Américas** y el **Premio Herman Hesse** de Alemania.

Descarga gratis éste y otros libros en formato digital en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Este libro se editó en la Ciudad de México
en el mes de mayo del año 2019.

Todos los derechos reservados.